

Alma
FERNÁNDEZ

ENTRE MI HERMANA Y LA PARED



ENTRE MI
HERMANA
Y LA PARED

eAlma
FERNÁNDEZ

Primera edición.

Entre mi hermana y la pared.

© 2020, Alma Fernández.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



—“*Me llamo Cristina, Cristina, Cristina, Cristina, Cristina...*”

Mi hermana se pasaba el día entero con la dichosa cancioncita y yo tenía claro que sí, que ella se llamaba Cristina, pero que yo ya no sabía ni cuál era mi nombre.

¿Una cruz? No voy a negar que sí, aunque mi Cris era también una auténtica bendición. Claro está que yo no vivía con ella y eso me suponía un alivio, porque mis padres llevaban también a la espalda buena parte de su carga.

A sus veintidós añitos, Cris llevaba ya dos en ese estado y la cosa no tenía visos de mejora. Un accidente sufrido en plena vía pública cuando una moto la arrolló la había dejado en un estado difícil de calificar. O, mejor dicho, bastante fácil de hacerlo; mi Cris era ahora como una niña pequeña.

Sí, se dice pronto, pero la cosa no era moco de pavo. Si hasta habíamos tenido que comprarle un buen montón de Barbies que amontonaba en su cuarto y, mientras había días que se pasaba el día peinándolas y poniéndolas guapas porque las consideraba sus amigas, otros les pintarraqueaba la cara como si tuviera dos años. El caso es que nunca parecía tener más de seis, por muy formalita que la pilláramos.

A mi madre, María, que demasiada paciencia no había tenido nunca, la situación la sacaba de quicio. Y mi padre, Manuel, bastante tenía el hombre con sus interminables servicios como guardia de seguridad para echarle demasiada cuenta a una chiquilla que tenía la cabeza a la jineta, como solía decir él.

El nuestro, por suerte, era un pueblo no demasiado grande en el que todos nos conocíamos. Y digo por suerte porque mi hermana cogía la puerta cada vez que le venía en gana y cuando nos dábamos cuenta estaba con sus muñecas en el parque, o bien echando de comer a las palomas pan duro que almacenaba en su cuarto a ese efecto, o bien subida a los columpios con un nutrido grupo de chiquillos que la miraban alucinados.

Por mi parte, yo, que me llamo Verónica y tenía veintisiete años en ese momento, acababa de independizarme. Bueno, si por independizarme puede entenderse vivir con dos locos de remate; Julio y Fátima, mis dos mejores amigos. Y es que los tiempos no estaban para demasiado derroches y dadas las ganas que los tres teníamos de volar del nido paterno unimos fuerzas para alquilarnos un pisito muy mono que estaba en todo el centro del pueblo, enfrente del ayuntamiento.

Si algo tengo que agradecer a la vida es que mis amigos no solo eran más buenos que el pan conmigo, sino también con Cris, a la que adoraban, por lo que ella se sentía de lo más a gusto en nuestro piso y, cada dos por tres, la teníamos allí con un papelón de churros.

Escuché la cancioncita y supe que era ella.

—Cris, cariño, la cancioncita esa es que me taladra las sienes, ¿qué haces aquí?

—He venido con churros y a ver a mi novio. —Sacó la mejor de sus sonrisas mientras yo tiraba de un churro, pues qué otra cosa podría hacer.

Su “novio” como ella le decía, no era otro que Raúl, un atractivo militar que vivía puerta con puerta con nosotros y al que Fátima y yo le habíamos echado el ojo desde el mismo día que llegamos. Claro está que no éramos las únicas porque, por lo visto, Cris también bebía los vientos por él.

—Cariño, ya te he dicho que Raúl no es tu novio, tienes que entenderlo.

—¿Y por qué? ¿No le gusto? ¿Es porque yo no tengo hecha la manicura como vosotras? Esta tarde nos vamos a que me la hagan en tu gabinete, ¿vale?

No me faltaba a mí más que eso, que llevar a mi hermana al gabinete de estética en el que trabajaba y que formara allí un numerito de los suyos. Que mi niña era muy buena y muy santa, pero bastaba con que algo le molestara para que la emprendiera a gritos como si hubiera llegado el mismísimo Armagedón.

No me lo quería ni imaginar, con la mala leche que destilaba mi jefa, Carmen, por todos los poros de su piel. Carmen era una especie de bruja del cuento, pero en versión pueblo y con los dientes rematadamente torcidos, para más inri.

Normalmente me tenía que reír tela con mi Cris, porque ella me había escuchado a veces criticarla con Fátima, que era higienista dental en una clínica también del pueblo, y entonces me decía que cuando quisiera le daba un puñetazo y le ponía los dientes derechos.

—A mí no me va a pasar nada, porque todo el mundo sabe que estoy malita de la cabeza y que no sé lo que hago—confesaba en aquellos momentos en los que tenía algo más de lucidez y entendía que lo suyo era un problema. Y luego estaban aquellos otros muchos en los que era capaz de liar una pajarraca buena si un niño no quería compartir sus chuches con ella, por ejemplo.

El caso es que aquella mañana venía con los churros y ya sabía yo lo que me tocaba hacer a continuación. Dado que ella al dinero no le daba la más mínima importancia no dejábamos que lo manejara. Sobre todo, desde la última vez que se quedó sin pan duro para las palomas y les echó para comer un billete de veinte euros cortadito a trocitos pequeños.

Total, que Cris no llevaba un duro encima y todos en el pueblo le fiaban con la condición de que después fuéramos nosotros a pagar, como es natural.

Me he ido un poco por las ramas, pero bueno, que había que explicarle que Raúl no era su novio y

esa no era cuestión baladí.

—No, mi niña, no es porque no tengas hecha la manicura. Yo luego te la hago si quieres... Esta tarde no trabajo, es sábado.

—De rojo, me la haces de rojo, y a mi Barbie también.

Sacó una de su bolso y me tuve que mondar de la risa.

—Pero a esa Barbie le falta un ojo, Cris...

—¿Sí? Anda, mi madre, lo habrá perdido en un accidente, como yo perdí la cabeza...

—Bueno, le hago la manicura también. Y después le pintamos el ojo, no te preocupes.

—¿Los ojos se pueden pintar, Vero?

—Claro, Cris, yo soy muy apañada para esas cosas, ya lo sabes...

—Es verdad, ya lo sé—asintió—, pero entonces, ¿por qué no le pintas uno al señor Carmelo el del kiosco? Es que lleva un parche y a mí no me gusta. Me da miedo, parece un pirata.

—Pero ¿Qué dices loquilla? ¿Cómo te va a dar miedo si Carmelo siempre te regala chuches? —le preguntó Julio.

—Sí que me las regala, pero yo las cojo y salgo corriendo, que me da miedo.

—¿Qué miedo te va a dar a ti si eres la chica más valiente que conozco? Ains, si yo no hubiera

salido del armario ya hubiera pedido tu mano—le confesó en plan peliculero y ella se derritió.

—¿De qué armario has salido? Yo me metí un día en uno para esconderme de Vero y me dio ansiedad. Me tuvieron que poner una bolsa para no sé qué cosa, que se llamaba muy rara.

—Para que hiperventilaras, Cris—le expliqué con paciencia.

—Para eso, leches. Y tú Julio, no te vayas a meter más en el armario ese, que si no vas a tener que hiperventilar también.

No podía tener más razón. Si Julio se hubiera metido de nuevo en el armario le hubiera faltado el aire y hasta la vida, porque al pobre le había costado lo suyo y lo de su prima dar el paso de salir de él.

El caso es que su familia no había podido ser más hipócrita, porque a Julio se le había visto la pluma desde la cuna, pero sus padres decidieron mirar para otro lado y negar la mayor. Así, pusieron al chaval en la tesitura de tener que contárselo a los veintimuchos ya y ellos no solo se hicieron los suecos, sino que pusieron el grito en el cielo.

A mí me dolía bastante que lo trataran de ese modo, como si ellos fueran perfectos... Sí, la mar de perfectos, lo único es que su padre, Miguel sentía debilidad por las, digamos, “señoritas de compañía”. Y su madre, Rafaela, sentía lo mismo por las máquinas tragaperras. Entre lo uno y lo otro los dos iban bien surtidos, y a su hijo que le dieran dos duros.

Ahora, por fin, después de haber pasado una rachita bastante regular, nuestro niño, que era peluquero, se había echado un novio, Svens, que lo tenía loquito.

Julio se sentó con nosotras y comenzamos a darle al palique.

—¿Cómo es que has venido tan prontito, Cris? —Él engullía churros que daba gusto.

Y hablando de dar, yo le di un manotazo porque a ese paso iba a dejar sin probarlos a Fátima.

—Oye, que son para todos—le recordé—, y Fati todavía no se ha levantado.

—Ella va a agradecer que me los coma, que no sé si te has fijado, pero está echando culo para tres piernas...

—Más puñetero y no naces.

—Un poco, pero déjame que estoy hablando con mi Cris.

A mi hermana le encantaba que todos le prestaran atención y Julio en eso era el rey.

—He venido para ver a mi novio, Raúl—le espetó ella y él asintió, para darle encima la razón.

—Ese tío está que cruje, yo porque tengo a mi Svens y no pongo los ojos en otro lado, que si no...

—Y porque él no es gay y lo mismo teníais un problemita—le recordé.

—No, él no es gay, le gustan las chicas y las Barbies y se va a casar conmigo—puntualizó Cris y Julio y yo nos miramos con resignación cristiana.

—Bueno, Cris, ¿nos vamos a echarles de comer a las palomas ahora cuando desayunemos? —le propuse.

—No, qué dices, ya lo he hecho. Una telera entera les he echado ya...

—¿Y eso? ¿Tanto pan le ha sobrado a mamá estos días?

—Qué va, le quité una entera y luego se volvió loca buscándola, pero guárdame el secreto.

—Acabáramos, tú eres el famoso duende ese que dice ella tener en casa. Ahora entiendo que es verdad que le faltan cosas.

—¿Mamá cree en duendes? Pues anda que no es fantasiosa ni nada—me comentó mientras miraba a su Barbie.

—¿Qué miras? —le preguntamos Julio y yo al unísono pues parecía ser una cuestión de estado.

—Wendy, ¿tú quieres churros? —le preguntó y pareció incordiarle que la muñeca no le contestara nada.

Julio se echó a reír y ella lo miró un tanto cabreada.

—¿De qué te ríes? ¿No ves que está muy delgada? Mi padre siempre dice que las mujeres deben tener carne para poder coger, que si no son como palos de escoba—le explicó ella mientras él se tiraba al suelo de risa.

—Venga, hermanita, que como nos sigas trayendo tantos churros, al final a nosotras nos va a sobrar carne de esa para coger. Vamos a dar una vueltecita, que la mañana está muy buena.

Teníamos comprobado que cuando Cris se levantaba un poco hiperactiva, que no eran pocas veces, le venía genial salir a la calle a que le diera un poquito el sol.

—Fátima, te hemos dejado mogollón de churros en la cocina—le comentó ella mientras se colaba en su cuarto y la despertaba.

—Pero es que tengo sueño, Cris...

—Venga, levántate, que después Vero dice que duermes como una marmota.

—¿Eso dice Vero? —le escuché decir desde el baño.

—No, mujer, cosas de Cris, que ya sabes cómo es...

—No, cosas de Cris, no, que Vero siempre lo dice cuando habla con Julio y Julio le da la razón.

—Ya tuvo que salir Julio—añadió él desde la cocina sabiendo que Cris era un poco ruina en ese sentido, pues todo lo que escuchaba tardaba un segundo en vomitarlo.

Capítulo 2



Salimos conjuntadas porque esa era una de las premisas de Cris. Desde siempre, al ser su hermana mayor, yo fui su referente en lo que a las cuestiones de moda se refería. Y desde que estaba malita no digamos nada, teníamos que comprarnos la ropa igual, maquillarnos igual, peinarnos igual...

Me daba la sensación de que el hecho de imitarme la hacía sentirse más en el mundo, como si fuéramos idénticas y tuviéramos las mismas oportunidades.

—Hola, Raúl—le escuché decir y miré hacia atrás.

Esa era otra, Cris parecía tener un sexto sentido, ojos en la espalda o yo no sabía qué, pero todo lo veía antes que el resto. Eso o que tenía puestas sus miras en la puerta de nuestro vecino.

—Hola, Cris, ¿cómo estás? —le preguntó él de lo más amable.

Hasta ese momento apenas habíamos intercambiado unas cuantas frases, porque Raúl era nuevo en el pueblo, hacía poco que llegó destinado.

—Yo muy bien, pero tú mejor, ¿quieres ver a Wendy? —le preguntó ella echando mano del bolso y sin percatarse de lo osado de su comentario.

—¿Quién es Wendy? —Él obvió el comentario picarón de mi hermana.

—Mi amiga, está un poco tuerta, pero no te asustes. Carmelo también lo está y es bueno, me regala chuches, aunque me da un poco de miedo.

—Es una larga historia—le indiqué mientras le mantenía aquella sonrisa preciosa que él nos estaba regalando.

—Vale, vale, ¿hacia dónde vais?

—Al parque, ¿te vienes? —Cris no tenía pelos en la lengua y yo sentí que me moría de la vergüenza.

—Venga sí, he salido a correr un poco y me da igual hacerlo por el parque que por otro lado.

—Por eso llevas los pantalones cortos, te vas a pelar de frío...

—Cris, no seas metomentodo—le corregí.

—No te preocupes, si solo se me ocurre a mí, es verdad que han dado para hoy una bajada de temperaturas considerable, pero es que a mí el frío me activa un poquito—me explicó.

Yo no sabía si el frío le activaba o no, pero el muchacho estaba para activarse con él. Y no solo lo pensaba yo, porque a Cris se le caía la baba mirándolo...

—Pues nada, ¿nos vamos para el parque? —insistió ella mostrando con el movimiento de sus piernas que tenía prisa.

—Venga, vámonos...

Para qué diría Raúl nada, me quedé loca. Yo llevaba a Cris de la mano, porque tenía más peligro que una piraña en un bidé cuando iba por la calle. Y ella a su vez cogió de la suya a nuestro vecino.

—Cris, ¿qué haces? Suelta a Raúl, anda.

—Lo he cogido de la mano porque eso es lo que hacen los novios, ¿sabes?

Lo que no me pasara a mí con mi hermana no le pasaba a nadie y me sentí enrojecer tanto que pensé que los mofletes me estallarían.

—Déjala, mujer, que no pasa nada...

Raúl era verdaderamente un encanto de chico. Cierto que apenas habíamos cruzado palabra todavía, pero era de aguantar la puerta cuando Fátima y yo llegábamos o de echarnos una sonrisa por el patio de luces cuando estábamos tendiendo.

Sin embargo, Fati sostenía que a mí me sonreía más y yo pensaba que era cosa de ella, que estaba un poco de capa caída después de haberlo dejado con su ex, Klaus; un alemán súper soso con el que se había emparejado durante unos años y que al final la había plantado para volverse a su tierra sin darle demasiadas explicaciones.

Por el camino hubimos de parar en un par de jugueterías para que Cris echara un ojo a todo aquello que deseaba pedir por Reyes, para los que faltaban un par de meses.

Mi hermana redactaba por esas fechas una carta a Sus Majestades que no se la saltaba un galgo. Afortunadamente, aunque había perdido otras capacidades, no ocurrió así con la de escribir. Y aquellos días demostraba que la boca parecía que se la había hecho un fraile, de lo mucho que pedía.

—¿Qué es lo que más te gusta? —le preguntó Raúl.

—Las muñecas, aunque también los coches. —Le señaló ella a uno rojo flamante de esos teledirigidos.

—Entonces lo mismo te gusta el Scalextric.

—Sí, sí, mi primo chico tiene uno y es muy divertido, yo voy muchas veces a jugar con él.

Lo que no le contó es que a menudo hasta terminaban tirándose de los pelos a consecuencia de la trifulca que se formaba entre ambos si la cosa estaba reñida. Pablo era nuestro primo de ocho añitos, hija de nuestra tía Margarita, hermana menor de nuestra madre.

—¿No me digas? Pues yo tengo uno gigante, si quieres puedes venir un día a casa con tu hermana y jugamos.

—¿A jugar el Scalextric? —le pregunté un tanto extrañada.

—Claro, mujer, si es de lo más divertido...

Si ellos lo decían, así sería. Yo no me imaginaba en el suelo jugando con los cochecitos, pero de repente no lo vi tan mal. Reconozco que alguna que otra vez me había apetecido acercarme a la puerta de mi vecino a pedirle sal, azúcar o lo que hubiera tenido a bien darme, pero eso solo ocurría en mi fantasía, porque luego yo era de lo más recatada.

—Pues nada, esta tarde vamos después de que Vero me haga la manicura—le contestó mi hermana.

—¡¡¡Cris!!! No seas loca...

—¿Qué pasa, Vero? Y yo no estoy loca, es solo que me di un golpe en la cabeza...

Me dio pena porque lo mío era una frase hecha y mi hermana comenzó a darle a Raúl todo tipo de explicaciones que él acogió con el máximo interés.

—Y no pasa nada, mujer—añadió cuando terminó de escucharla y ella salió corriendo al ver a una “amiguita” suya que también iba hacia el parque, una niña llamada Rebeca de ocho años.

Es lo que tenía mi hermana, que tan pronto quería echarse novio, como lo “cambiaba” por una amiga de corta edad con la que poder jugar.

—Ya, pero se lo habrás dicho por decir y, si no la paro, te garantizo que la tienes allí esta tarde sin falta.

—¿Y qué problema hay? ¿Tenéis algo que hacer? Yo desde luego que no, soy nuevo en el pueblo ya lo sabes. Por cierto, ¿os gustan estos pasteles? —Se paró en la puerta de una pastelería en la que hacían unas bombas de chocolate rellenas de crema que estaban de locura.

—Sí que nos gustan. Los hace mi amiga Rosa, que es la pastelera, y son de los preferidos de mi hermana.

—¿Sí? Pues entonces bingo. Os espero esta tarde a las seis. Yo me voy a tener que dar doble panzada de correr hoy para meterme uno de estos entre pecho y espalda.

¿Doble panzada de correr? Como si quería comerse una vaca rellena de parajitos, con lo macizo que estaba el muchacho podía permitirse lo que quisiera.

Entramos en la pastelería mientras Cris corría al galope con Rebeca y su madre hacia el parque, y

saludamos a mi amiga Rosa.

Después de servirnos los pasteles, Raúl se acercó también a saludar a unos compañeros suyos del cuartel que se encontró y yo me quedé hablando con Rosa.

—Mira que yo tengo aquí bombones, ¿eh? —señaló a la vitrina—, pero como ese ninguno, ¿se puede saber de dónde lo has sacado?

—Qué cosas tienes, aunque hay que reconocer que el tío está bueno para reventar... Pero no, no es nada mío, es mi vecino Raúl, nuevo en el pueblo.

—Hija, mía, pues lo tienes que sacar más a pasear, ¿eh? Porque una cosita así tiene que servir para endulzarnos los ojos a todas, aunque el revolcón se lo des solo tú...

—¿De qué revolcón hablas, locuela? Si es la primera vez que salimos a la calle juntos y porque nos hemos encontrado...

—Pues si no le das un revolcón será porque no te dé la real gana, que no veas si el tío te pone ojitos.

A diferencia de mí, que nunca había tenido demasiada suerte en el amor y tampoco entendía mucho de hombres, Rosa había hecho un máster en maromos. Ella tenía una máxima que venía a decir algo así como que “maromo que encuentro, maromo que me calzo” y un ojito bastante más certero que el mío.

—Anda ya, eso serán cosas tuyas, si apenas hemos intercambiado...

—Palabra, ya lo sé, cansina, pero que eso no tiene nada que ver. Puede que no hayáis hablado, pero ese estaría encantado de intercambiar contigo... fluidos corporales, tú ya me entiendes...

—Calla, guarri, que me vas a sacar todos los colores...

—Ataca, tonti, que es lo que tienes que hacer.

Menos mal que Raúl estaba a lo suyo y no podía sospechar lo que allí se había hablado o me hubiera dado un síncope.

—Ven un momento, por favor—me indicó desde lejos.

—Venga, al ataquerrr, comételo—bromeó Rosa mientras yo iba hacia él con los dulces en la mano, que previamente había pagado Raúl, pues se empeñó en invitarnos a merendar esa tarde.

Llegué a la mesa donde estaba saludando y me presentó.

—Ellos son mis compañeros, Mateo y Tere, Verónica. Y ella es Verónica, vecina y amiga...

Qué rápido había yo subido de rango, pues era la primera noticia que tenía de que fuéramos amigos, pero me gustó mucho.

Salimos de allí y nos dirigimos al parque.

—Son compañeros, también los han trasladado junto conmigo.

—¿Y pareja? —le pregunté, ya que era la impresión que me había dado.

—Sí, sí, son pareja. Bueno te cuento, en realidad Tere se hizo militar siguiendo mi ejemplo, ella es más joven. Verás, en su día era mi cuñada, hermana de Ángela, mi ex.

En un momento me puso al día de su vida, contándome que había tenido una relación hasta hacía seis meses con Ángela, su novia de toda la vida, que por lo visto le había corneado al final, algo que le había hecho sufrir mucho. Por eso pidió traslado de destino, para poder estar lejos de ella y de su recuerdo.

Pero como el otro destino a veces hace lo que le viene en gana, le había mandado a su excuñada, con la que sí parecía llevarse fenomenal.

—Es que a Tere la conozco y sí es una chica de ley. Tanto es así que se la recomendé a Mateo, que es uno de mis mejores amigos, y ahí están los dos, que no sé si comen perdices o regalices, pero los veo súper felices. Y yo que me alegro.

—Ahí te has parecido a AuronPlay—le comenté.

—¿A quién?

—¿No lo conoces? Es un Youtuber que le encanta a mi hermana. Entre otras cosas, se dedica a hacer bromas telefónicas, ella se desternilla con sus vídeos.

—No tengo ni idea, pero si me lo recomendáis vosotras lo tendré que ver, paso muchas horas muertas, aquí solo conozco a la parejita de tortolitos que te he presentado y esos están de lo más acaramelados, es preferible dejarlos solos...

Charlando, charlando llegamos al parque y Cris tiró de su mano.

—Este es Raúl, mi novio—le dijo al grupo de niñas que habían formado allí y que estaba capitaneado por Rebeca y por ella.

—Cris, no puedes decir esas cosas. Raúl es un amigo tuyo y mío, ¿vale? —le corregí.

—Vale, pero más mío y solo hasta que nos casemos, ya luego no será amigo—puntualizó ella y voló con las niñas hacia los columpios.

—Ni te preocupes—me comentó él cuando lo encaré, roja de nuevo hasta estallar.

—Ya sabes que no rige...

—No tiene la más mínima importancia, ¿lleva mucho así?

—Un par de años y la cosa no va a mejorar, ya nos lo han dicho.

—Pues entonces solo queda aceptar y reír—me dijo mientras con sus manos dibujaba una sonrisa en mis labios.

Acto seguido empezó a calentarse para comenzar a correr. A mí su gesto me hizo mucha gracia y, con el rabillo del ojo, lo estuve observando mientras calentaba. Por cierto, que también estaba calentando al resto del personal femenino presente, pues el muchacho no pasaba desapercibido precisamente.

Capítulo 3



—¿Cuánto falta para ir a ver a Raúl? —me preguntó Cris mientras comíamos con Julio y con Fati.

Aquel sábado lo pasaría completo conmigo e incluso se quedaría a dormir. Desde que me había independizado aprovechaba los fines de semana para pasar más tiempo con ella. Entre semana, mi trabajo a turno partido casi no me permitía verla.

Además, teniéndola conmigo un día y una noche de vez en cuando, también lograba que mis padres disfrutaran de algo de vida, pues eso no era demasiado fácil con Cris en casa. Al fin y al cabo, a mi hermana se le iba a la pinza que era un primor y todos los ojos eran pocos para que no hubiera problemas.

—Todavía son las tres, nos ha dicho que vayamos a las seis...

—¿Y entonces cuánto falta?

Cris siempre había tenido las matemáticas atravesadas y desde su accidente es que no daba pie con bola con los números.

—Tres horitas, cariño, nos echamos una siesta y después vamos.

—Vale, pero primero me haces la manicura, que tengo que gustarle a mi novio.

Fati y Julio me miraban sabiendo que me había caído la del pulpo y después aprovechamos que Cris se puso a ver unos dibujitos animados en la tele para mantener una charla de adultos. Si es que a aquello se le podía llamar así, claro...

—Te lo dije y te lo dije, que te miraba a ti más que a mí—me dijo mi amiga dando buena cuenta del turrón de chocolate que habíamos comprado.

—Niña, contente, que después no quieres engordar—le recordó Julio.

—Calla, memo, que el turrón de chocolate no engorda tanto como crees...

—Claro que no, el turrón no engorda nada, de hecho. La única que engordas eres tú...

Ya sabía yo que venían unos minutitos de zapatiesta, como cada vez que salía el tema del peso entre aquellos dos. Cierto que Julio lo hacía por el bien de nuestra amiga, pero también era un poquito inquisitivo con el tema y al final le tocaba las narices.

—Tampoco es que me mire más—intervine cuando hubo un poco de calma—, yo creo que solo lo ha hecho por darle una satisfacción a Cris, que ya sabéis que es más pesada que llevar una vaca en brazos.

—Y yo me chupo el dedo—me espetó Fati, que estaba un poco guerrera después de su enganchón con Julio.

—Que no, mujer, de veras...

—Pero si a mí no me importa, Vero, lo único es que no me quieras hacer lo blanco negro, que me da mucho coraje. Además, he vuelto a hablar con Klaus.

—¿Con el pan sin sal ese? —le preguntó Julio y, entre la discusión anterior y el comentario tan poco afortunado, ella lo miró iracunda.

—Sí, con Klaus, ¿pasa algo? Lo mismo viene en Navidades con unos amigos y hemos quedado en vernos, ¿quién sabe?

Quién sabía no. Si el jeta ese venía a ver a nuestra amiga la engatusaría como era habitual. Y lo que nos fastidiaba a Julio y a mí es que luego la dejaría como un mojón abandonado para poner de nuevo rumbo a tierras germanas.

—Bueno, pero ten cuidadito, ¿eh? —le sugerí.

—Lo tendré, lo tendré. Y tú tenlo también con el vecino, que os veo yo muy sueltos...

No le faltaba un poquillo de razón porque me resultaba extraño en pensar en pasar la tarde en casa de Raúl, claro está que aquello no era una cita ni mucho menos. Es más, no podía estar más alejado de ese concepto, ya que era una friki quedada para jugar al Scalextric.

—Vero, ¡ven ya a hacerme la manicura! —chilló Cris y, mientras fui a coger las cosas a mi cuarto para hacérsela, se quedó frita.

Cuando se despertó su enfado fue de campeonato.

—No me la has hecho para que tus uñas sean más bonitas que las mías. Pues que sepas que no me vas a robar el novio—me espetó indignada.

—Claro que no, cariño. Y, además, aunque las dos lleváramos las uñas hechas, tú siempre serás mucho más guapa que yo—le comenté para consolarla.

—¿Me lo dices de verdad? —Se miró al espejo y les preguntó a mis amigos.

—Pues claro que sí, bonita. Ya sabes que eres la chica más guapa del pueblo. Y la más salerosa. Te lo dice un gay y nosotros sabemos mucho de eso.

—Mucho más guapa que tu hermana, dónde va a parar—añadió Fati para darle un poco de fuerza a las palabras de Julio.

—¿Sí, Fati? Pues cógeme una cola de caballo de esas tan bonitas que tú me haces, que mi hermana no ha querido ponerme guapa para Raúl.

Ea, ya iba yo a pagar bien los platos rotos de que ella durmiera más que un lirón. Mientras Fati la arreglaba, tomé una ducha y me puse una indumentaria de lo más deportiva, que para eso íbamos a tirarnos al suelo a jugar.

A las seis en punto tocamos en la puerta de Raúl.

—Me encanta esta casa, solo falta que pongamos fotos mías y luego también de la boda—le soltó a Raúl tal cual entramos.

Resoplé y le hice una señal de que a Cris le faltaba un tornillo mientras ella seguía haciendo el recorrido por la que decía que iba a ser su casa.

Lo más gordo del asunto fue cuando se sentó en la cama y comenzó a dar botes para ver si el colchón era cómodo.

—¡¡Cris, basta!! ¿Qué modales son esos? No sé lo que va a pensar Raúl de nosotras.

—No seas así, Vero, si va a ser mi cama tendré que ver si se duerme bien en ella, que ya sabes

que yo no me duermo en cualquier parte...

Lo que había que escuchar, menos mal que la señorita no se dormía en cualquier parte, cuando la realidad era que lo hacía y encima de cualquier modo, como las gallinas, en lo alto de un palo si hacía falta.

—Ni te preocupes, por favor. —Raúl me tranquilizó.

En ese instante me relajé un poco y reparé en lo comfortable del ambiente de su piso. A diferencia del nuestro, él lo había pillado sin muebles y lo amuebló a su gusto.

—No es que fuera mi idea inicial, pero luego, viendo su orientación sur y las posibilidades que tenía, pensé que merecía la pena pillarlo, pese a que no tuviera muebles. Total, creo que será un alquiler de larga duración y por eso he comprado el mobiliario, no tengo intención de moverme de aquí en mucho tiempo.

—¿No? —le pregunté un tanto extrañada, ya que yo tenía la idea de que los militares se movían más que un garbanzo en la boca de una persona mayor.

—No, me gusta echar raíces en los sitios, y este pueblo como que me da buena espina.

Me alegró escuchar eso. A mí el que me dio buena espina fue su piso que, aunque según él todavía necesitaba una mayor personalización, ya decía mucho de su persona e invitaba a permanecer allí.

Llamó mi atención la cantidad de fotografías que tenía y, sobre todas ellas, varias con un niño con síndrome de Down.

—¿Es familiar tuyo? —le pregunté.

—Sí, es mi sobrino Alberto. Ahí era más pequeñito, ahora ya tiene doce años, porque es el hijo de mi hermana mayor.

A continuación, me explicó que era el pequeño de tres hermanos y las otras dos eran chicas. Alberto parecía ser su delirio por lo que me comentó y entonces entendí un poco mejor lo bien que se llevaba con Cris.

Por lo que yo había observado desde el accidente de mi hermana, no todas las personas tenían el mismo grado de empatía con aquellos que padecían problemas del tipo que fuera. Raúl parecía ser de esas personas a las que les gustaba echar un cable.

Cris nos escuchaba hablar sin parar de dar saltitos.

—¿Has visto ya el Scalextric? —le preguntó acercándose con ella a un dormitorio vacío que tenía ya las pistas en el suelo.

—¡¡Guau, es enorme!! —chilló loca de emoción cogiendo uno de los mandos.

—¿Quieres formar un equipo con tu hermana y jugar contra mí? —le preguntó con ojos entusiasmados.

—¡Qué va, que mi hermana no sabe jugar! Os voy a dar ventaja, vosotros dos contra mí—le contestó de lo más decidida, pues menuda era la niña.

—Genial, pero antes tendremos que merendar, que después se nos va a ir el santo al cielo, como si lo viera.

—Sois dos frikis sin remedio—solté casi sin darme cuenta de lo a gustito que estaba.

—Gracias por la parte que me toca. —Enarcó una ceja y se echó a reír.

—No te enfades, ¿eh? Es que me lo ha parecido y he hablado más de la cuenta.

—No, mujer, si no pasa nada, no te quito la razón. A mí estas cosas me devuelven a la niñez...

“A la niñez”, decía. Pues no es que tuviera mucho de niño aquel pedazo de hombre. Claro está que él, porque en lo tocante a la locuela de mi Cris ya las cosas cambiaban.

—Lo siento, han sido los nervios—le dijo a Raúl cuando vertió todo el contenido de su batido de vainilla en la mesa.

—No pasa nada, no te preocupes, bonita.

—¿Ves, Vero? Me ha dicho bonita, eso es porque quiere conmigo. Chincha...

—Cris, por Dios... Lo peor es que había dicho “chincha” como dándole a entender a Raúl que yo también quería algo con él.

—Déjala, mujer, que no ha dicho nada malo. —Se rio él con ganas.

—Ni bueno tampoco, por Dios, qué bochorno.

Terminamos de merendar y al suelo que nos fuimos. Menos mal que entre el parque y que él tenía la calefacción a toda mecha para crear ambiente allí se estaba que daba gloria bendita.

Hasta yo me sorprendí de lo mucho que nos reímos jugando. No era solo que el juego me resultó divertido (que también), sino que no podía sentirme en mejor compañía.

Mi hermana se lo pasó de campeonato y nunca mejor dicho, pues además nos ganó.

—¿La has dejado ganar? —le pregunté por lo bajini.

—Ni de coña, estamos ante una fiera del Scalextric—me confesó él muerto de la risa.

Lo que no imaginamos ni él ni yo fue que la fiera hizo ademán de levantarse y, para celebrar su triunfo se fue hacia él con intención de darle un beso en todos los morros.

—¡Quieta ahí, fierecilla! —le dije antes de que fuera demasiado tarde.

—No seas como mamá, Vero, que los novios se besan.

—Cariño, pero que Raúl no es tu novio.

—¿Y tú qué sabes? Lo mismo él se quiere casar conmigo. Y tú podrás ser mi dama de honor. —
Hizo el gesto de ella tirando el ramo de novia y, por mucho que nos dio lástima, tuvimos que reírnos, dado que sus ocurrencias eran únicas.

—Tira para allá, anda, que mira la hora que se ha hecho y Raúl va a decir que nos hemos metido en su casa de okupas.

—¿Yo? Ni mucho menos, a ver si te crees que tengo un planazo de sábado noche. ¿Os quedáis a cenar?

—No, hombre, que no queremos molestar. —Me gustó mucho, pero su propuesta me cogió por sorpresa y no supe cómo reaccionar.

—¿Molestar? Claro, no ves que os habéis metido en mi casa a punta de pistola, ¿os gustan las pizzas?

El contundente “sí” de mi hermana le dio a entender que la respuesta a su pregunta era afirmativa y, en un santiamén, ya estaba él marcando el número de la pizzería.

Cris me miraba y yo la miraba a ella porque la situación era un tanto atípica. Claro que si mi hermanita parecía encantada de la vida yo no lo estaba menos. Teníamos por delante una bonita velada y nuestras sonrisas lo sabían.

Capítulo 4



El lunes me levanté de lo más contenta. Y eso que tener que ir a ver la cara de perraca de mi jefa, Carmen, no era algo que me hiciera especialmente feliz.

Por el camino me encontré a Rosa, que venía del médico y pensé que siempre había que dar gracias a Dios, ya que otros estaban mucho peor que una.

—Consuélate, guapita de cara, que yo porque hoy tenía cita en el consultorio, pero de otro modo entraría a las siete al pie del cañón como todos los días.

Yo eso de los madrugones lo llevaba fatal, con lo cual pensé que sí, que definitivamente debía consolarme.

—Ya lo sé, Rosita, si a mí mi profesión me encanta, lo único es que Carmen ya sabes cómo es.

—Qué me vas a contar, si era clienta mía hasta que un día le canté las cuarenta y no la volví a ver. Menudo suplicio tiene que ser trabajar todo el día codo con codo con la tiparraca esa.

—Bueno, por suerte codo con codo tampoco, que ya sabes que ella es una escaqueada total. Y yo me vuelvo loca de contenta cuando veo que arrea para la calle y sé que no aparecerá en dos o tres horitas.

—Tú lo que tenías que hacer era lo que te he dicho muchas veces, que no me escuchas...

—¿Liarme la manta a la cabeza y asociarme con Julio? Estética y peluquería en el mismo lugar, no estaría mal, pero es cuestión de pasta.

—Pues ahora se lleva mucho lo de ser emprendedor. La gente no se come tanto el coco, pide un préstamo y para delante.

—¿Y si luego no lo puede pagar? ¿Cómo le pone entonces al niño la gente?

Yo de siempre había sido muy mirada para mis cosas. Es decir, que no me envalentonaba para darme luego de cara con los problemas. En mi caso prefería hacer como los elefantes, hasta que no tuviera una pata asegurada no movía la siguiente. Esa era mi filosofía de vida, por mucho que me entusiasmara tener mi negocio propio.

—¿Al niño? Niño es el que me dejaría yo hacer por el maromo ese de tu vecino, ¿cómo se llamaba?

—Raúl, se llama Raúl.

—Ese, el Raulito, ¿ya le habéis dado al tema?

—Anda ya, mujer. Estuvimos merendando en su casa Cris y yo...

—Y luego...

—Tú sabes mucho, ¿cómo tienes tan claro que hubo un luego?

—Pues claro que lo hubo, mema. ¿Os invitó a cenar?

—Sí, sí, que lo hizo.

—¡Bingo! Si es que lo sabía. Le importas, métetelo en la cabeza, lo veo en sus ojos.

—Tú estás más loquilla que una cabra, anda hombre, no me hagas reír...

Pero sí, lo pretendiera o no, yo me reía. Y no solo por las cosas que me decía mi amiga, eran también los recuerdos del sábado noche los que causaban en mí ese efecto.

Pese a que era lo último que deseaba, mi hermana Cris cayó a plomo en el sofá de Raúl nada más terminar de cenar. Y es que en parte la medicación que tomaba para controlar un poco sus emociones era la que la tenía así. Ella solía decir que se notaba “entortada” y los demás le decíamos que para nada, pero algo de eso había.

Sin hacer demasiado ruido para no despertarla, Raúl y yo nos tomamos unas copas en su sofá mientras él servía también unas delicias turcas cortadas en trocitos muy pequeños, al declararse un goloso total como yo.

Así de bien estábamos cuando decidimos ver una película. Me habían recomendado una comedia llamada “Yucatán” con la que no sé cómo no despertamos a Cris, porque nos reímos una barbaridad.

Iba de un crucero en el que algunos de sus trabajadores resultaron ser unos mafiosos de tomo y lomo que pretendían hacerse con el dinero de los clientes. Graciosa donde las hubiera, la comedia nos hizo pasar un rato estupendo, que aderezamos con las risas.

Se lo conté a Rosa y ella me dijo que “allí había tomate, pero tomate”. Yo no creía que fuera para tanto, aunque sí reconocía en mi fuero interno que el chico me molaba cantidad y que parecía merecer la pena.

A la hora de despedirnos, fue imposible despertar a Cris. Cuando lo intentabas después de que ya llevara un rato dormida aquello era la leche, porque lo hacía medio sonámbula y no sabías por dónde te podía salir el tiro.

Después de explicárselo a Raúl no dudó en cogerla en brazos y llevarla así hasta mi piso. Incluso la metió en mi dormitorio para depositarla directamente en la cama.

—Tienes un dormitorio precioso, me inspira mucha paz—me confesó mientras miraba a todas partes.

—Muchas gracias y también por la invitación.

—Que espero que se repita muy pronto—se aventuró a decir enseguida.

—Si te apetece, perfecto.

—Mañana tengo guardia, pero nos vemos otro día.

Se despidió con una picaruela sonrisa y yo me quedé dando saltitos en mi dormitorio. Sí, ahora que revivía la situación para contársela a mi amiga, tenía que claudicar; ella tenía razón y ahí podía haber lo que ambos deseáramos. Al fin y al cabo, los dos éramos libres como el viento.

Me despedí de Rosa y pensé que era una lástima que todo lo libre que me sentía en mi vida personal no tuviera nada que ver con la profesional, en la que estaba estancada.

Llegué al gabinete y allí estaba Carmen.

—Llegas dos minutos tarde. —Ese fue su magnífico saludo.

—Perdona, pero por mi teléfono faltan todavía tres para mi hora.

—Pues por mi reloj llegas tarde y eso no te lo voy a consentir. Tendrás el teléfono atrasado adrede.

—Mujer, pero si eso no es posible, ¿no serás tú quien tengas el reloj adelantado?

—Mira niña, a mí no me repliques y ve preparando la cera que me vas a hacer las cejas antes de que lleguen los clientes.

Acabáramos, no era la primera vez que me hacía una cosa así; primero me echaba una bronca sin sentido para luego pedirme un favor, haciéndome sentir como que estaba en deuda con ella.

Ganitas me dieron de ponerle la cera en las cejas completas y dejarla hecha un cromo, para que así tuviera algo de verdad por lo que quejarse.

Anda que no podía ser más fea ni tener peor leche.

—¡Cuidadito, niña, que me haces daño! —me chilló y eso que buen cuidado tuve para que no pusiera el grito en el cielo.

—Tranquila, Carmen, es que esto es así, hay que aguantar el tirón y ya está.

—¿Tú me vas a explicar a mí en qué consiste? Mira, niñata, yo ya ponía la cera cuando tú no eras ni un rayito de deseo todavía en los ojos de tus padres, ¿me entiendes?

Lo entendía perfectamente porque aquella mala bestia debía tener más años que una momia. Por lo menos arrugada estaba como para tenerlos.

La mañana comenzó calentita y más que se iba a poner, porque a veces a perro flaco todo se le vuelven pulgas.

—Vengo a decirte una cosa—me comentó Andrea, una cliente un rato después.

—Tú me dirás. —Observé que tenía el rostro un tanto enrojecido.

—¿Ves esto? Estoy más colorada que un salmonete y es tu culpa—me espetó en toda la cara.

La primera vez en mi vida laboral que alguien venía a decirme semejante cosa y encima tenía que ser un día que Carmen estaba especialmente cabreada.

—¿Cómo es eso? —Salió ella al paso y ya supe que la polémica estaría servida.

—Aquí la muchacha, que me puso una crema calmante que me dio una reacción alérgica, ¿sabes? Y no acabé el viernes por la noche en urgencias de milagro.

—¿Es eso verdad, Verónica? —me preguntó Carmen con mirada incendiaria.

—A ver, a ver, vamos por partes. Dentro del tratamiento facial que le apliqué había una crema calmante, pero ella me dijo que no tenía alergia a absolutamente nada. Es más, espera un momentito, que voy a por su ficha de cliente, ya verás como no tiene marcada alergia alguna.

—Mira la niña sabihonda esta—me soltó la clienta, que era de armas tomar.

—Perdona, ¿cómo me has llamado?

—Tranquilita, Verónica, que el cliente siempre tiene la razón y seguro que Andrea la tiene. —El tono de voz de Carmen me recordaba a los tambores de guerra, ya sabía yo que iba a cargar bien las tintas contra mí.

—Carmen, yo a los clientes los trato lo mejor que puedo, pero eso de que siempre tienen razón sería discutible. Déjame que saque la ficha y salimos de dudas, ¿no te parece?

—No, no me parece. Me parece que vas ahora mismo a darle un masaje a Andrea para reducirle la inflamación esa, que en este gabinete nunca he tenido un problema de este tipo y tenías que ser precisamente tú quien lo provocara.

Huy, cómo me estaba poniendo. Claro, para ella todo lo que fuera sacar los pies del tiesto y no hacerle una reverencia cuando entrara por las puertas era un problema. Mi jefa era una cabrona con pintas y yo es que no la podía ver ni en pintura.

—No estoy de acuerdo, pero lo que tú digas...

—Y todavía va a decir la niña que no está de acuerdo—Andrea no paraba de liar la pita—, échala, mujer, Si a ti no te va a faltar quien te trabaje.

Vaya dos arpías que se habían unido para darme caña y yo pensando en mi alquiler y en que tenía muchos pagos de por medio que, si no, la iba a mandar a la mierda bien mandada...

—No, no estoy de acuerdo porque no me avisaste. De haberlo hecho, yo habría actuado con la máxima diligencia, que para eso soy una profesional. —Me encaré con ella porque ya no podía más, esa era la única realidad.

—Pues si hubieras sido tan profesional habrías sabido que soy alérgica a la mierda esa que me pusiste.

—¿Y cómo se supone que lo tendría que haber adivinado? Mira Andrea, que yo soy esteticista, ¿eh? No pitonisa.

A la que parecía que le estaba dando una erupción era a Carmen, que la tía se estaba enrojeciendo más por momentos.

—Si eres capaz, di una palabra más y te pongo de patitas en la calle—me soltó y no me pude callar.

—Ponme si quieres, pero a mí no me hace nadie comulgar con ruedas de molino. Si me dice que no es alérgica, yo no puedo adivinarlo. Bastante hago con trabajar siempre con productos naturales para que hagan el mínimo daño posible llegado el caso.

Claro está que el daño, llegado el caso, lo iba a recibir yo en ese momento.

—¿Así te las gastas? Coge tus cosas y habla con el asesor, estás despedida.

—¿¿Cómo??

—Lo que escuchas, niñata, que a mí no me replica nadie. Ea, ahí tienes la calle para correr. —Me señaló la salida.

No podía dar crédito, aquello no me estaba sucediendo a mí, por el amor del cielo, no podía ser...

Sé que tenía que haber dejado mi lengua quietecita y no sacarla a pasear, pero es que ya fue la gota que colmó el vaso. Con mis lágrimas pugnando por salir, pero sin permitírselo, recogí y me fui.

—¿Sabes lo que te digo, Carmen? Que sí te va a faltar quien te trabaje porque eres una altanera,

una amargada y una resentida y nadie va a querer ocupar mi puesto. Que te vaya bonito.

Salí de allí y me fui a desayunar con mi madre y Cris. Una vez en casa sí que di rienda suelta a mis lágrimas, pues la ira se apoderó de mí.

—No hay derecho, mamá, no hay derecho...

—Hija, tú siempre puedes volver a casa, que aquí nunca te va a faltar un plato de comida.

—Claro, Vero, te vienes y jugamos por las noches a las Barbies hasta que yo me case con Raúl y te quedas tú sola con el cuarto—me explicó Cris y me la comí a besos.

Capítulo 5



Me quedé a almorzar con ellas dos y a eso de media tarde me fui para mi casa. “Mi casa”, ¿por cuánto tiempo? Vale que yo había acumulado paro, pero eso se iba volando.

Además, yo era muy trabajadora y no sabía parar quieta. Maldiciendo en arameo llegué a mi portal y subí las escaleras.

—¿Cómo está lo más bonito de todo el vecindario? —Raúl salió al rellano y yo me quedé helada.

—¿Cómo me has escuchado? Mira que no traigo tacones ni nada.

—Es que estaba asomado al balcón y te he visto. Hoy he librado después de la guardia, oye, ¿te pasa algo?

—¿Tanto se me nota?

—¿El qué?

—Me han despedido, la víbora de mi jefa me ha puesto el carné del paro en la mano.

—Será desgraciada, ¿y eso a santo de qué?

—Pues a santo de no bailarle el agua, que es una hija de su madre de mucho cuidado, a santo de eso.

—Entiendo, ¿te hace un cafecito? Venga, que vienes aterida de frío...

Señaló hacia el interior de su casa y sí que me apeteció. Entramos y nos fuimos directos para la cocina.

—Tú siéntate que yo me encargo de todo, que debes estar exhausta.

—Sí, será por todo lo que he trabajado hoy—resoplé.

—¿Lo tienes muy jodido si no te sale curro pronto? —me preguntó con bastante interés.

—Imagina, me he quedado con una mano delante y otra detrás, como no se solucione pronto tendré que dejar hasta el piso y volver a vivir con mis padres.

—No, no, eso no puede ser. Una vez que volamos, por muy buenos que sean, no queremos volver al nido. Eso nos pasa a todos.

—Hombre, claro, pero si no puedo pagar el piso no voy a vivir a costilla de mis compañeros, eso lo entenderás.

—Perfectamente, pero a mí sí que me sobran habitaciones y no consentiría tal cosa.

Lo último que podía esperar era un ofrecimiento tan generoso por parte de alguien que todavía era una desconocida para mí. Un tanto alucinada le contesté.

—No podría aceptarlo, pero supone muchísimo para mí que me lo hayas propuesto. Eres muy mono—le dije y esa última frase no la pensé demasiado, despertando su sonrisa.

—Tú sí que eras mona, ¿quieres que vaya por unas bombas de esas que tanto te gustan? Podría dar una carrerita y estaría aquí en un pis pas.

—¿Por una bomba para ponerle a mi jefa en el gabinete?

—No, por un par de ellas de dulce, mujer.

—No, esas vamos a dejarlas mejor para los findes o me voy a poner redonda.

—Como quieras, pero que sepas que estás estupenda.

No fue solo lo que dijo sino cómo lo dijo. A juzgar por sus palabras, lo de pensar que el otro estaba más bueno que el pan era mutuo y es que entre nosotros el *feeling* se comenzaba a notar de lejos.

Estábamos charlando cuando vi que Cris me hacía una videollamada. Venía de la calle con mi padre y acababan de recoger su móvil nuevo. Ella era una apasionada de la tecnología y seguro que estaba con el móvil como Mateo con la guitarra.

—¡Hola, Cris! —le dije al contestarle.

—¿Estás en tu casa? Ponme a Julio y a Fati, que los quiero ver.

—No, estoy en casa de Raúl, ¿te lo enfoco? —Le hice señales a él por si tenía inconveniente y me contestó que en absoluto.

—¿En casa de mi novio? Oye, ¿no me lo estarás intentando robar? Que, aunque seas mi hermana te cojo por los pelos. —No la había visto nunca tan enfadada.

—Tranquila, cariño, que no... Si justamente estábamos hablando de ti—añadí para salir del paso.

—¿Y qué estáis hablando? Anda, ya lo sé, ¿te ha pedido él ayuda para elegir mi anillo de compromiso?

—No, cariño, no es eso...

Cada vez se estaba liando más la cosa y más me costaba decirle que Raúl no era su novio ni lo iba a ser nunca.

—Pues si no es eso, acaba prontito de hablar con él y cada mochuelo a su olivo, que me estoy poniendo negra.

No hacía falta que lo jurara, vaya careto que se le había quedado. Tanto es así que colgó sin más, sin despedirse y sin nada.

—Qué carácter, parece que tenemos un problemín—me dijo él.

—¿Qué problemín? No, hombre, tampoco pasa nada. Ella sabe que somos amigos y...

—Pero es que a mí me gustaría conocerte, Vero, yo no quiero ser solo tu amigo.

A eso se le llama valentía y rapidez y lo demás son tonterías. Raúl no se anduvo con rodeos y yo me quedé como flotando en una nubecita.

—Pero si apenas nos conocemos—acerté a decir con los ojitos chispeantes.

—Ya, y por eso te digo que deseo conocerte mejor, pero de otra forma. Me pareces una chica súper interesante y no estoy dispuesto a dejar pasar la oportunidad de que podamos llegar a algo más.

Me quedé como la que se tragó el cazo, esa es la pura realidad. En un solo fin de semana acababa de perder un trabajo y ganado un amago de relación, un cóctel un tanto extraño que, sin embargo, me ilusionaba. Lógico que por la parte de Raúl no hay ni que explicarlo, y por la parte de mi trabajo porque quise pensar en eso de que “no hay mal que por bien no venga”.

Fue entonces cuando lo miré y...

—Yo también quisiera conocerte un poco mejor, Raúl, no eres el único que...

No me dio tiempo a terminar la frase porque sus labios ya habían sellado los míos. De nuevo su decisión me dejó estupefacta y pensé que con aquel chico no me iban a faltar sorpresas.

—¿Te quedas a cenar? —me preguntó después, a sabiendas de que me hacía muchísima ilusión.

Un rato después, cuando escuché llegar a Julio y a Fati, me acerqué para comentarles que no cenaba con ellos.

—¡Tú tienes una cita! —me chilló Julio que era pro-amor desde que estaba con Svens.

—Te lo dije, puñetera, que te ligabas al vecino—me soltó Fati junto con un abrazo moviendo el móvil y diciendo que tenía videoconferencia a la vista con el soso de Klaus.

—Anda que es lo mismito. —Julio no podía ver al alemán, lo mismo que me pasaba a mí.

—Panda de patosos, ¿me queréis dejar? A lo mejor yo no los necesito tan salerosos como vosotros. O lo mismo es que mi alemán tiene algunos secretos ocultos que no imagináis.

—Sí, pues será música en el ombligo, porque mucha gracia en la cama no creo que tenga. —Ya volvía Julio a la carga y ella súper cabreada.

—Haya paz, lo importante es que estemos todos a gusto con la persona elegida—les recordé.

—Hombre, aquí lo de todos va a estar un poco complicado mientras Cris siga bebiendo los vientos por Raúl, ¿no te parece?

Por más que me fastidiara lo que acababa de decirme Julio, la razón le asistía. Claro está que mi hermana tenía hoy la cabeza en un lado y mañana en otro. Yo estaba segura de que la ventolera aquella que le había dado no tardaría en pasársele, o al menos eso esperaba.

Volví a casa de Raúl y él ya estaba metido en la cocina.

—Tenía un besuguito que compré antes en el mercado y que estaba diciendo “cómeme”, lo he metido en el horno. Espero que te guste.

—Claro que me gusta, qué apañado. No te imaginaba cocinando un besugo para ti solito, fíjate.

—Es que te voy a contar un secreto, cuando lo vi pensé en compartirlo contigo y lo deseé con todas mis fuerzas. Y se ha cumplido.

—Toma ya, va a ser el poder de la mente ese que dicen—le contesté con rubor en las mejillas porque si algo podía decirse de aquel chico es que no se andaba por las ramas.

—Seguramente, ¿y eso que traes ahí? —Me señaló a una bolsa que llevaba debajo del brazo.

—Pues es una botellita de vino que tenía en casa para una ocasión especial y me ha parecido que ninguna mejor que esta.

—Bien pensado, a ver...

La sacó de la bolsa de plástico y le dio su aprobación con la cabeza.

—Buen vino, ya veo que tienes un paladar fino, espero estar a la altura de las circunstancias—me confesó mientras me besaba de nuevo y yo otra vez como Heidi, me sentía en una nube.

—Lo dices por el besugo, ¿verdad? —bromeé.

—Claro, claro, por el besugo.

Besos para arriba y besos para abajo, comenzó así una magnífica velada que aderezamos con ese besuguito que le salió fenomenal. Con todo, lo mejor fue la compañía, como no podía ser de otra manera.

De postre, Raúl sacó unas trufas y, cómplices, jugamos a comernos un par de ellas a medias, por lo que nuestros labios no tardaron en fusionarse varias veces y hacerlo al son que nos marcaba un chocolate que se iba derritiendo; invitando al otro a retirarlo con calma y total suavidad con su lengua.

Fueron unas horas de lo más agradables tras las cuales terminamos escuchamos música y besándonos en el sofá, abrazados y sin apetecernos lo más mínimo movernos de allí.

—Deben ser las taitantas—le comenté, recordándole que él sí tenía que ir al día siguiente a

trabajar.

—No, mañana no trabajo...

—Pero ¿qué clase de militar eres tú? —le espeté pensando que no eran fechas para disfrutar de unas vacaciones.

—No es eso, es que un tío mío que falleció hace poco me ha dejado una pequeña herencia y debo ir a mi pueblo a ver al notario. Me he tomado el resto de la semana libre para ver a mis padres.

Tontorrón de mí, me sentí un tanto apenada de pensar en que no lo iba a ver en unos días.

—Bueno, pero ven pronto, ¿eh? Que igual te echo un poquitín de menos, pero solo un poquito, no te vayas a poner muy ancho.

—No, no me pondré ancho, pero no sabes lo que me agrada escuchar eso. Te propongo una cosa, ¿por qué no te vienes conmigo y pasamos estos días juntos? Puedes empezar a buscar trabajo la semana que viene, tómate el resto de esta libre que bastante estresante ha sido su inicio, ¿no te parece?

—¿Me lo estás diciendo en serio? Pero ¿cómo me voy a colar por las puertas de tus padres si soy una completa desconocida para ellos? Me van a tomar por loca, no puede ser.

—Por eso no te preocupes. Conservo el pequeño apartamento en el que he vivido estos años atrás allí, nos podemos quedar en él. En cuanto a mis padres, créeme que estarán encantados de conocerte...

En ese instante caí en que Raúl ya estaba hablando de presentarme como su novia cuando yo ni siquiera sabía cuántos años tenía el muchacho, por lo que se lo pregunté de sopetón.

—Treinta y cinco, tengo treinta y cinco, ¿son demasiados para ti?

—Claro que no, la mayoría de los de mi edad son unos niños que no quieren más que estar enganchados todo el día a la PlayStation, me vienes sensacional. —En ese instante fui yo la que me acerqué a besarlo.

—Me alegra que pienses así, aunque yo sea un poco flipado del Scalextric—me confesó y yo pensé en que no podía tener mejor afición que una que le hacía tanta ilusión a mi hermana.

Convinimos en que al día siguiente salíamos de viaje y, al llegar a mi cama, puse la cabeza sobre la almohada y no podía dormir de la emoción que me ocasionaba la marcha de los acontecimientos. La vida a nuestro alrededor se movía a todo gas o quizás éramos nosotros los que estábamos apretando el acelerador, pero sentí que aquello era de vértigo... Un vértigo que me proporcionaba un cosquilleo que era la primera vez que experimentaba.

Capítulo 6



—Vaya tía con más arte—me decía Julio por la mañana mientras yo ultimaba la maleta y él daba el último sorbo a su café antes de salir para trabajar.

—Todavía no me lo creo, ¿y tú? ¿Qué tal todo con Svens?

—Con él fenomenal, no te puedo dar detalles porque te escandalizas, nena, pero no sabes lo guay que es.

—Imagino, es que es la leche estar enamorado, ¿verdad?

—La requeteleche es y tú llevas una carrera que no veas, casada y con tres churumbeles te veo de aquí a cinco años.

—Anda que no eres exagerado ni nada, menuda distracción que iba a tener la tita Cris entonces, qué revolución.

—Es verdad, qué buena canguro, no veas cómo se lo van a pasar de bien tus niños con ella.

Dicho así sonaba hasta bien, pero a mí me generaba mucha controversia pensar que mi hermana no tuviera la posibilidad de llevar adelante su propia vida, claro estaba que siempre me tendría a mí para todo lo que necesitara, eso por supuesto.

—Venga, a trabajar, que te van a echar como a mí, que ya ves el panorama que tengo ahora por delante.

—Es verdad, un panorama desastroso, no quiero ni imaginármelo, con un pedazo de maromo de vacaciones toda una semana, es francamente horroroso.

—No eres más tonto porque no entrenas, anda.

—Venga ya, si tenías que haber dejado tú a la Carmen esa de las narices hace tiempo, que no veas si ha abusado de ti y al final para tirarte a la calle como si nada.

—Ya, mira ¿sabes uno de los motivos por los que la estaba aguantando?

—Dime.

—Pues porque quería ponerle a Cris unos Reyes de cine, con las planchas esas que quiere para el pelo y un montón de cosas que me ha ido diciendo últimamente y de las que yo he tomado nota.

—Pero si a tu hermana con tus padres no le falta ni gloria bendita por suerte, no te rayes tanto con esas cosas. Además, tú lo mejor que puedes darle es amor, cielo. Y de eso le das a raudales.

—Ya, en eso tienes razón, aunque tú también tienes una cruz buena con tu jefe, que vaya usurero que es.

—Sí, este es otro concepto. No es como Carmen, porque siempre está de buen humor y eso, pero en realidad es para hacernos la rosca a sus trabajadores y terminar pagándonos una miseria.

—Anda que estamos apañados, con lo bien que nos lo podíamos montar los dos por nuestra cuenta, asociándonos. Te digo yo que nos llevábamos a más de la mitad de la cartera de clientes

de esos dos.

—Y más de las tres cuartas partes también, pero te recuerdo que estamos los dos más tiesos que la mojama, no tenemos ni...

—Ni donde caernos muertos, ya. ¿Me lo dices o me lo cuentas?

Decidí que tenía que olvidarme de todo aquello si quería pasar una buena semana, porque el tema de la falta de trabajo podía dar al traste con unos días preciosos en los que tendría la oportunidad de conocer a mi chico.

Antes de irnos, pasé un rato por casa de mis padres a despedirme de mi madre y de Cris, que eran las que se encontraban allí.

—Mamá, me voy con Raúl, es que ayer pasaron muchas cosas y no todas malas como podrás deducir de lo que te estoy diciendo—le conté mientras Cris estaba en su dormitorio cambiándose de ropa para ir a por churros.

—Lo veo, lo veo. Ahora, hija mía, ya veremos cómo se lo decimos a tu hermana, que tiene una perra con ese chaval que no veas. Si hasta estaba anoche cantando una canción que se ha inventado sobre los dos, ¿puedes creerlo?

—¿Una canción? Jo, esto va de mal en peor, ¿tú crees que esta será una de esas cosas que se le olvidan de un día para otro?

—Pues no lo tengo yo muy claro, míralo tú misma.

Cris salió del cuarto con un abrigo rojo monísimo que tenía y que le daba aspecto de la “Pequeña Lulú”. Pero no fue eso lo que acaparó mi atención sino que sobre él llevaba un collar fabricado por ella misma cuyas letras dejaban leer un “Cris y Raúl” que me dejó fuera de

combate.

Mi madre y yo nos miramos como diciendo que no las teníamos todas con nosotras y ella no paraba de hablar...

—Mami, yo me voy a casar con Raúl en la Catedral de la Almudena, en Madrid, como Felipe y Letizia, que nosotros no somos menos—le soltó y mi madre rompió a reír diciéndole que estábamos apañados si teníamos que ir hasta Madrid para asistir a su boda.

—No te rías, que también nos van a hacer eso con las espadas por alto que queda tan bonito, que para eso él es militar. Y lo mismo lo destinan a otro sitio o a un avión de combate o algo como en la película esa que te gustaba a ti...

—Hija mía, esa es la de “Pearl Harbor”, pues anda que nos iba a ir bien, si esa es una peli de guerra y...

—Mami, es que tú no lo conoces. Es muy guapo y fuerte y yo lo vi un día con su uniforme y casi me caigo de espaldas. —La muy teatrera hizo el gesto y yo pensé que teníamos una buena papeleta por delante.

—Que no se entere con quién te vas o me va a dar una semana de infarto, cariño—me indicó mi madre por lo bajini y yo asentí.

Después salí en busca de Raúl y se lo conté todo.

—Madre mía, ¿cómo vamos a hacer para quitarle esa idea a tu hermana de la cabeza? Yo si hace falta le traigo un cargamento de Barbies, le regalo el Scalextric o lo que sea, todo menos que sufra.

Aunque pudieran parecer banalidades, lo cierto es que las decía con el corazón en la mano, pues

Raúl parecía un buen chico y nada más lejos de su ánimo que provocarle ningún mal a Cris.

—No te preocupes, que ya se nos ocurrirá algo. Siempre le da fuerte con alguna cosa y al final se le pasa, esperemos que tú no seas una excepción, guapito de cara.

Sí que era guapito, sí, no me extrañaba que mi hermana estuviera que no cagara con él. Y encima es que no podía ser más cariñoso ni atento y con esa planta que le había dado Dios...

Tres horas de coche separaban su pueblo del mío, por lo que tuvimos ocasión de hablar de mil y una cosas, pero también de parar a tomar un café y de cantar, y de reírnos y, sobre todo, de disfrutar de la compañía del otro.

Al mediodía llegamos a nuestro destino; su pueblo era bastante más pequeño que el mío y estaba situado en plena montaña. No eran demasiados sus comercios, aunque la gente parecía muy hospitalaria y todos los vecinos que nos íbamos encontrando lo saludaban con mucho afecto.

Antes de acercarnos a casa de sus padres lo hicimos a la de su hermana Aurora, la madre de su sobrino Alberto.

—Tito, ¿quién es esta chica tan guapa que viene contigo? —le preguntó el chiquillo después de abrazarlo con toda la fuerza del mundo.

—Pues mira, Alberto, se llama Véro y estoy intentando convencerla para que sea mi novia, ¿tú crees que podré? —le preguntó él y Alberto se tapó la cara como si le diera vergüenza hablar de esos temas.

—Yo creo que sí porque ella es muy guapa y tú eres muy guapo—dijo finalmente.

—Eso es verdad, hacéis una pareja muy bonita—corroboró su hermana Aurora, que era muy simpática y nos invitó a comer.

Rehusamos su invitación para ir a conocer a sus padres, Almudena y José, que nos estaban esperando con los brazos abiertos y con la mesa puesta.

—Qué calladito te lo tenías bandido, ¿esta chica tan mona es tu novia? —le preguntó su madre mientras me abrazaba.

—En ello estamos, mamá, en ello estamos...

—Pues no dejes de intentarlo, que me gusta mucho para ti, hijo.

La situación era un tanto cómica porque ni siquiera nos habíamos metido todavía en la cama y ya estábamos en familia. Almorzamos departiendo animadamente con sus padres y después de eso nos dirigimos al piso que tenía Raúl allí en el pueblo.

Muy pequeñito, se trataba de una cucada con los techos abuhardillados desde los cuales se veían las cumbres nevadas de las montañas de alrededor.

—¡Esto es de cuento! —le dije al divisar aquellas vistas.

—Pues mira que estas vistas están bien, pero no creas que las que tengo ahora son peores. Hay una vecinita que se llama Vero que me tiene loquito, no la cambiaría ni por todas las cumbres nevadas del mundo.

—Qué romántico, si lo que estás es tratando de conquistarme, te advierto que vas por buen camino.

Y eso que me quedaba mucho que ver todavía, porque la tarde se puso farruca y no invitaba a salir precisamente. Por esa razón nos quedamos allí y encendimos la chimenea.

A lo justo habíamos llegado porque primero comenzó a llover, después a tronar y por último a granizar a lo grande. Desde dentro, la estampa era deliciosa, pues estábamos de lo más confortables.

—Ponte cómoda, por favor, que estás en tu casa—me invitó y yo no tardé en hacerlo.

Salí con un pijama rojo que llevaba un reno en relieve en la parte superior que causó su risa.

—Hombre, no te rías así, que mira que había pensado en ponerme un picardías, pero he decidido que esto era más propio por ser la primera vez que nos quedamos a solas juntos.

“A solas”, yo sabía a lo que me refería. Aunque habíamos estado con anterioridad en su piso cenando, todavía no nos habíamos enfrentado a nuestra primera noche juntos. La sola idea de comenzar a disfrutarla hacía que yo temblara de pies a cabeza. Y ese temblor no pasó desapercibido para mi chico.

—¿Estás nerviosa, mi niña? Te voy a sorprender luego con una cenita con un vino que ya verás cómo te relaja.

Yo no estaba tan segura, pues ni la duchita calentita que me había dado antes de salir con el pijama logró apaciguar mis nervios.

La tarde pasó en un suspiro y, a la hora de cenar, me sorprendió haciendo un pedido a un restaurante italiano que tenía una pinta bárbara.

—Te dije que te iba a sorprender con una cenita, no que la fuera a preparar yo. Todavía no hemos hecho compra y, además, lo que me apetecía esta tarde era darte mimitos, no meterme en la cocina.

Y mimitos me había dado, de eso no me cabía ninguna duda. Fue una tarde preciosa en la que sus caricias me dijeron más que sus palabras y fueron el prolegómeno de una cena en la que nuestras miradas lo decían todo.

—¿Postre? —me preguntó enarcando una ceja y yo pensé que su pregunta podría interpretarse de muchas maneras, por lo que mordí el labio. Y casi que la lengua también, para no contestarle...

—No me hagas ese gesto que entonces no saco el tiramisú y la panacota que he encargado—me dijo entre risas, cerrando la puerta del frigo.

Pero sí, finalmente los sacó, para que sirvieran de entrantes a una noche que iba a resultarnos tan dulce como intensa. Compartimos ambos postres en la mayor de las complicidades sin renunciar a las miradas, a las risas y a los gestos que nos hacían presagiar que algo de lo más bonito estaba por suceder entre nosotros.

Miramos hacia la ventana y vimos que comenzaba a nevar. Un manto helado se cernía sobre el suelo exterior mientras nosotros también comenzamos a regar el interior con toda clase de prendas; las que les iban sobrando a unos cuerpos que deseaban sentirse desnudos para disfrutar el uno del otro... Para unos cuerpos que parecían estar hechos para darse placer mutuo.

Capítulo 7



Nunca hubiera imaginado, cuando fantaseaba con la idea de tocar la puerta de mi vecino, que me haría tantísima ilusión llegar a intimar con él. Y es que no solo tenía mi Raúl un cuerpo para suspirar, sino que era delicado y encantador como él solo. Y todo ello sin negarle un ápice de la potencia que me demostró desde el mismo momento en el que me quitó la primera de las prendas de mi ropa.

En contra de lo que yo hubiera pensado, que comenzaría por la parte superior de mi anatomía, mi chico comenzó a tomar buena cuenta de la inferior, me explico, de aquella que queda en el sur de mi ombligo.

Con auténtica ansia viva por hacerme delirar, bajo a esa cueva en la que, envalentonada, se asomó su lengua para ir descubriendo cada uno de sus recovecos. Y a cada uno de aquellos descubrimientos le siguió un gemido por mi parte, indicativo de que no podía llevar un camino mejor.

Una vez me tuvo totalmente entregada, a merced de un fortísimo orgasmo tras el que noté estallar cada uno de mis sentidos, continuó haciendo un recorrido por mi cuerpo que, como era de esperar, no fue ajeno a aquella otra parte que yo bien sabía que provocaba su locura; mis senos.

Por decirlo de algún modo, digamos que los degustó con total deleite, el mismo que me produjo a mí cuando se recreó en unos pezones de los que no tardó en lograr una dureza férrea.

Presa del encandilamiento al que estaba sucumbiendo, no tardé en susurrarle que un nuevo

orgasmo estaba por llamar a su puerta; anuncio que no hizo sino que se afanara más.

Para cuando tan sublime momento llegó, él ya había internado en aquella cavidad placentera que tan loco había demostrado volverle varios de sus dedos, por lo que puedo decir sin temor a equivocarme que comencé a sentir placer por doquier.

Esta segunda vez quedé laxa, y hasta mis pies, momentos antes contraídos por lo sumamente excitante de la situación, terminaron por ceder ante un placer incommensurable que recibí en grandes dosis.

No soy de tomar las riendas de la situación en la cama, pero me sentí obligada a devolverle al menos una parte de lo mucho que él me estaba proporcionando. Y lo hice con total entrega, bajando también hasta su miembro y manteniéndole la mirada al tiempo que comenzaba a degustarlo con total lentitud.

Si momentos antes él divisó el placer en mis ojos, ahora era yo quien lo hice en los suyos. Tal sensación no pudo llenarme más, por lo que continué hasta comprobar que su erección había alcanzado un límite que no me hubiera atrevido siquiera a sospechar. Fue entonces cuando supe que el momento de tenerlo dentro había llegado.

—Solo quiero que disfrutes, tú me avisas si...

—No digas nada, estoy totalmente segura de que voy a disfrutar, tú solo...

—Ya, ya, me dejaré llevar y tú también. Quiero llevarte al cielo, pequeña...

—Ya lo estás haciendo, ¿acaso no lo notas?

Pienso que sí lo notaría porque la cosa no era para menos. Raúl me estaba demostrando ser un amante de primera, pero, sobre todo, serlo con una elegancia y una condescendencia infinitas. Por

encima de su propio disfrute (que no tengo ninguna duda de que experimentó), puso el mío. Y eso me demostró que lo que pretendía con mi persona trascendía el mero ámbito de la cama para llegar bastante más lejos.

La primera vez que entró en mí sentí que el universo se había aliado para que yo viera miles y miles de pequeños destellos que, a continuación, sentí también en mi interior, como si de descargas eléctricas se tratase, distribuyendo el placer por mi cuerpo sin dejar un centímetro por alimentar con aquella sensación tan infinitamente buena.

Tras aquella triunfal entrada, a la que acompañó la extrema humedad que procedía de mi interior, sentí otras muchas que me hicieron llegar al cielo. Cariñoso, pero a la vez salvaje, Raúl me estaba regalando lo mejor de sí y yo... Yo solo quería que aquella sesión no acabara, que se prorrogara aquella unión tan íntima que estaba sintiendo con él.

Sus abrazos, al mismo tiempo que nos amábamos en profundidad, me decían que yo era su chica y que nos quedaban infinitos y placenteros universos por explorar juntos. Y para cuando el que estábamos explorando ese día vino a estallar en mil pedazos en forma de orgasmo simultáneo por parte de los dos, yo ya sabía que era en esos brazos en los que deseaba perderme una y otra vez.

Su sonrisa, una vez hubimos terminado, y la forma en la que me siguió acariciando al menos una hora, me lo confirmaron. Mirando el fuego de aquella chimenea determiné que mi vida había dado un giro extremadamente rápido, pero radical. Y supe también que a partir de aquel día mi vida tendría un antes y un después.

En Raúl encontré aquello que todavía no había visto en ningún otro hombre; valentía y entereza, junto con determinación, afecto, cariño, entrega y un sinfín de virtudes que adornaban aún más si cabía un físico impresionante.

De rechupete, así me supo nuestra primera noche. Y así debió saberle también a él a juzgar por las miradas que me regaló hasta el momento en que por fin caímos dormidos.

No sé cuándo ocurrió en mi caso pues, en el silencio de la noche, disfruté del sonido de su respiración, que me pareció que se acompasaba con el latido de mi corazón.

Pensé en lo que había sido mi vida y creí que, a partir de ese momento, sería más vibrante, más intensa, más...

No, si echaba la vista atrás no lo había tenido demasiado fácil. Desde el accidente de Cris todos en mi familia habíamos cambiado y nuestra existencia girado en torno a ella. Era hora de pensar un poco en mí, pues tenía una maravillosa vida por delante a la que sacar el jugo poco a poco. Y eso era lo que pensaba hacer.

Capítulo 8



Sentada tranquilamente en la cuca placita del pueblo, me disponía a tomar un tentempié mientras Raúl continuaba en la notaría. Lógicamente no consideraba yo que pintara nada allí, por lo que decidí esperarle en aquel lugar.

El tiempo, tan inclemente la tarde anterior, había decidido darnos una tregua que no pude sino agradecerle. Tanto es así que el sol había decidido regalarnos unos rayos que me supieron a gloria.

Absorta en los bonitos y sensuales momentos vividos la noche anterior, apenas me di cuenta de que pasaba Aurora por delante de mí.

—¿Vero?

—Hola, cuñada—le dije bromeando y me pareció que le gustó.

—¿Qué haces, disfrutando un poquito del buen tiempo reinante?

—Sí, y esperando a tu hermano, que está en notaría.

—Entonces no te importará que te haga un poquito de compañía.

—Es que, si no me la hicieras, me lo tomaría un poco a mal, chica.

Aurora contaba con un gran parecido físico con Raúl. Era la única de las hermanas que vivía en el pueblo pues la otra, Matilde, hacía mucho tiempo que salió de allí, según me contó mi chico.

—Pues entonces no se diga más. Alberto está en el cole y yo, por desgracia, no tengo ahora trabajo. Desde que cerraron la fábrica en la que trabajaba, estoy en el paro...

—No me digas, pues entonces júntate conmigo, que me acaba de pasar lo mismo.

—Pues Dios quiera que encuentres pronto curro, porque lo que toca servidora, lleva ya buscándolo un año y como que aquí no hay nada. Está la cosa fatal.

—Vaya...

No podía ni imaginarme lo que debía ser eso; en paro y con un niño, Alberto, que sin duda dependía de ella. El padre de la criatura, para más inri, había salido por la puerta de atrás cuando se enteró de que el pequeño venía con el síndrome de Down y aquella valiente se había enfrentado a la vida sola. Por suerte, Alberto era un chico fuerte (en eso se parecía a su madre y a su tío) y ambos formaban un binomio sensacional.

—Ya. Y claro, tengo a Alberto a mi cargo y es innegable que sus demandas son un tanto superiores a las de otros niños.

—Lo sé, porque a mi hermana le ocurre lo mismo—le comenté, pensando que ahí teníamos tema de conversación.

—¿También tiene síndrome de Down?

—No, no es eso, pero se comporta como si fuera una niña...

Le conté todo el periplo y ella se quedó con la boca abierta.

—Pues entonces sabes bien de lo que te estoy hablando.

Y tanto que lo sabía, aunque yo no fuera su madre me había echado a las espaldas buena parte de los problemas de Cris desde que sufrió el accidente. En parte, las ganas de independizarme vinieron por ahí, por mal que me supiese. Yo era demasiado joven para inmolarme y, mientras permanecí en casa de mis padres, me resultó demasiado difícil separar su vida de la mía.

—Sí, sí, que lo sé. Tienes que hacer un esfuerquito por mantener también tu propia parcela, por sentirte viva, por...

—¿Sabes lo que pasa? Que cuando tienes dificultades hasta para poner la mesa todos los días las cosas se dificultan un poco. A veces, no te lo voy a negar, veo las vidas de mis hermanos y siento un poco de envidia sana. No quiero escupir al cielo, Dios me libre, entiéndeme.

—Te entiendo perfectamente, Alberto es lo más importante para ti, pero a veces la situación te supera.

—Sí, es eso...

—Me pasa con Cris. Mira, te pongo un ejemplo, ella y yo hemos conocido a tu hermano prácticamente a la par. Y ahí la tenemos, diciendo que se va a casar con él, ¿qué te parece?

—¿También se ha enamorado de Raúl?

—Tú sabes, ella hoy está enamorada de tu hermano y lo mismo mañana ya lo está de una tortuga

ninja; pero en principio, eso parece.

—Mira, en lo de las tortugas ninja iba a tener tema de conversación con mi Alberto, que no sabes lo que le gustan...

Madre mía que anda que la llevábamos claro las dos, por lo que nos reímos con ganas.

—Pues nada, chica, que a consecuencia de eso estoy aquí con tu hermano como la que está cometiendo un crimen, porque ella no puede ni enterarse.

—Pero vamos a ver, Vero, las mentiras tienen las patitas muy cortas. Y tarde o temprano tu hermana se va a enterar, ¿o es que no te das cuenta?

—Me la doy, me la doy. Lo único es que espero que para ese entonces ya se le haya pasado la ventolera del coco.

—Ya, a Alberto también le da a veces fuerte por algo y al tiempo ya le resta importancia por completo.

—Pues eso espero, chica, ¿te tomas algo conmigo?

Aurora accedió de muy buena gana y mantuvimos una conversación de lo más animada sobre nuestra vida, nuestros proyectos, nuestros anhelos... O, mejor dicho, los míos... porque no la noté demasiado motivada. Y eso que, bajo aquella apariencia un tanto apagada, bien se veía que había una mujer que podía con todo, lo cual no quiere decir que no le pesara.

Dado que las mesas estaban llenas de gente, que acudieron a disfrutar del buen día, también las palomas terminaron por hacer acto de aparición en aquella plazoleta.

Imposible no acordarme de Cris en momentos así, pues le apasionaba alimentar a aquellos animalitos. Lógico, a mi hermana no le funcionaría demasiado bien la azotea; pero el corazón lo mantenía intacto y tan grande que no le cabía en el pecho.

Mirando cómo no daban puntada sin hilo y conseguían algo de comida por aquí y por allá, tuve que frotarme los ojos. No, aquello estaba llegando demasiado lejos... ¿Era posible que no lograra desconectar de mis pensamientos y creyera verla incluso allí?

Pero no... enseguida me di cuenta de que mis ojos no me engañaban, ¡era Cris!

Capítulo 9



—¿Cris?? —chillé mientras llegaba a su altura.

Acababa de bajar del autobús y no paraba de mirar hacia todos los lados...

—Vero, estás aquí, qué suerte.

—Pues claro que estoy aquí, alma de cántaro, pero esa no es la pregunta, ¿qué haces tú aquí?

Por el amor del cielo que aquello era increíble, ¿cómo demonios había podido localizarme? Me parecía cosa de brujería, hasta yuyu me estaba dando...

—Pues nada, he venido a verte que, si tú estás de vacaciones, yo también...

—Pero vamos a ver, ¿papá y mamá saben que has venido?

—No, se lo voy a contar ahora, porque si lo hubieran sabido no me habrían dejado.

—Pero deben estar locos buscándote...

—Un poco sí, que son más pesados... ni que yo fuera una niña. Mira todas las llamadas que me han hecho, ¿tú crees que esto es normal? —me dijo mientras me enseñaba el teléfono y comenzaba

a llamar a las palomas.

Desde luego que no era normal, más bien era surrealista. Mi hermana tenía reflejadas como unas cincuenta llamadas entre mi padre y mi madre durante las horas que duró su viaje. Y, sabiendo lo mucho que se preocupaban por ella, debían estar dictando una orden de búsqueda internacional por parte de la Interpol.

—Dime, cariño, ¿cómo sabías que estaba aquí? —resoplé.

—Mira esta, ¿cómo lo voy a saber? Por el Face, ayer colgaste una foto cuando llegaste, al lado del cartel con el nombre del pueblo, ¿no te acuerdas? Estabas muy guapa, le han dado un montón de “me gusta”. —Cris hizo el gesto con el pulgar hacia arriba y me reí sí o sí.

Claro está que, a continuación, me tuve que echar las manos a la cabeza...

—Pero si tú no tienes Face, bandida, ¿cómo has podido verla?

—Yo no, pero mamá, sí. Y hace mucho tiempo que me meto en el suyo. —Me guiñó el ojo y siguió a lo suyo.

—¿Cómo? Pero eso no se hace, Cris. Además, ¿y las claves?

—Guardadas, las tiene guardadas y no tengo más que entrar y ya está. Siempre sé lo que haces y con quién, ya hace tiempo...

La tranquilidad con la que me lo dijo contrastó con los nervios que sentí. Menos mal que, dado que mi relación con Raúl era incipiente, en mi foto aparecía sola que si no...

Miré a mi móvil y me sentí fatal. No me había dado cuenta de que la noche anterior, en el fragor

de la batalla, le había quitado el sonido. El resultado fue que mis padres me habían llamado tropecientos mil veces y yo no me había ni enterado.

Les llamé a tiempo de evitar que a mi madre, cuya paciencia estaba agotándose cada vez más, le diera un reverendo soponcio.

—Hija de mi vida, tu hermana va a acabar conmigo, palabra—me dijo cuando por fin se quedó tranquila de que estábamos juntas.

Ella se habría quedado tranquila, pero yo tenía un buen número por delante.

—Ven a sentarte, anda—le comenté cuando la que en realidad necesitaba sentarme era yo, que también estaba al borde del colapso.

—Vamos, que no he desayunado y estoy que me caigo de hambre...

Ni había desayunado ni llevaba un euro encima ni nada parecido. Lo justo para el bus y punto. Y bastante que había atinado con el lugar y no se nos había colado en Pernambuco.

Llegué a la mesa y no supe cómo actuar.

—Mira, Cris, ella es Aurora, la hermana de, de, de...

—Arranca la moto ya, Vero, que luego dices de mí, pero me estás poniendo nerviosa...

—La hermana de Raúl, cariño.

—¿Y qué hace aquí la hermana de Raúl? Pues sí que es raro este pueblo, aquí venimos a

encontrarnos todos. Ya solo falta Raúl y...

Pero claro, Raúl no faltaba y es más... ¡salía de la notaría justo en ese momento!

—Mira allí, Cris—le dije.

—¿Dónde? No veo nada, no he traído mis gafas de sol. —Se hizo la interesante como si el poco que había en el cielo la cegara.

—Allí, cariño...

—¡¡Es Raúl!!! —chilló.

A Aurora no le dio tiempo ni a saludarla, porque Cris salió corriendo hacia su hermano y es que se lo comía a besos...

—¡¡Raúl!! ¿Qué haces aquí? —le preguntaba y él me miraba de lejos, atónito, igual que a su hermana, que tampoco daba crédito a lo sucedido.

—¿Qué haces tú aquí, Cris? Yo estoy porque es mi pueblo.

—¿Es tu pueblo? Pues entonces, si no nos casamos en La Almudena, nos casamos aquí, que también me gusta.

—Bueno, bonita, ya hablaremos de eso...

Obvio que Raúl no sabía ni cómo actuar y yo estaba temblando como un flan de pensar en el momento de que Cris atara cabos. Y claro, no tardó en llegar...

—Un momento, un momento, si este es tu pueblo, ¿qué hace aquí Vero? Y ya estaba ayer, ¿ella ha venido contigo?

Me quedé blanca, para luego pasar a amarillo y terminar por el resto de los colores. Hasta verde me iba a poner a consecuencia de lo mal que me hacía sentir la situación.

Desde que Cris sufrió el accidente, yo no había vivido más que para ella y lo último que deseaba era disgustarla. Claro está que ahora la situación resultaba un tanto controvertida y mucho me temía que mi hermanita iba a tener que pasar por aquel mal trago. Sin embargo, no sabía cómo afrontarlo.

El silencio imperó entre todos nosotros hasta que Aurora lo rompió.

—Ha venido porque es mi cumpleaños, bonita, yo la he invitado—soltó y yo respiré profundo.

—¿Es tu cumpleaños? —le preguntó ella un tanto desconfiada.

—Palabrita del Niño Jesús—le respondió Aurora y me extrañó que manifestara tanta firmeza.

Claro está que las casualidades existen, y pronto me di cuenta de que la chica no había mentido, pues incluso sacó el DNI y se lo enseñó a mi hermana.

Miré a Raúl llevándome las manos a la cabeza.

—¿Cuándo me ibas a decir que era el cumple de tu hermana, cabeza de chorlito?

—Demasiadas emociones juntas, se me había olvidado—se excusó.

—Paparruchas, que mi hermano es mortal para las fechas, no te creas ni una palabra. Este no se ha acordado de un cumpleaños en su vida.

—Es verdad, se me ha olvidado, como todos los años... Lo siento, hermanita.

—Pues si es tu cumple, vas a tener que hacer una fiesta. —Cris lo tenía claro.

—Pues claro, muchacha, y tú también estás invitada.

—Eso, eso, ¿y por qué no me habías invitado antes? Hubiera venido con mi hermana—se quejó.

—Mujer, porque no te conocía, pero ahora ya te voy a invitar todos los años.

Aurora le daba palique mientras nos miraba a su hermano y a mí con el rabillo del ojo, porque no sabíamos ni lo que hacer con la situación.

—Vaya plan, nos ha fastidiado la semana...

—Tranquila, que esto lo vamos a llevar bien, no te preocupes. Ya lo iremos solucionando a salto de mata.

Cris enseguida se entusiasmó con lo del cumple y entró en un bazar con Aurora, que parecía tener más paciencia que un santo. De allí salieron con un montón de cachivaches que incluían globos, matasuegras y demás... aunque, más que a la suegra, a la que casi mata de un susto ese día es a mi madre... Y a mí de paso.

—Y yo quiero también una piñata—le señaló al salir mientras yo sacaba la cartera, porque ella por pedir que no quedara y la cuenta seguía subiendo.

—¿Y algo más se le ofrece a la señorita? —bromeé porque con mi hermana las cosas pasaban de castaño a oscuro.

—Sí, también quiero esa muñeca y...

—¿Qué dices de muñeca? ¿No has traído a Wendy?

—Qué va, estaba dormida cuando salí porque era muy temprano. Y como la pobre está tuerta he pensado que bastante tenía ya, que por lo menos debía dormir. No todo el mundo tiene la suerte de estar tan estupenda como yo.

Toma ya, sí que se echaba flores mi hermanita. Y el caso es que cualquiera que la viera, tan monísima de la muerte y arreglada, pensaría que su vida era de cuento... de cuento era, pero de uno de verdad...

Todos nos reímos con su comentario y, al final, Raúl se quedó atrás un momento como quien está recibiendo una llamada de teléfono y le compró la muñeca. Cuando Cris la vio a lo justo volvimos a evitar que le diera un beso en los morros, pues su objetivo estaba claro.

—Pero todos los novios se besan y a mí no me dejáis—se quejó.

—Cris, ya te he explicado muchas veces que Raúl no es tu novio.

—Porque tú lo digas. Y a lo mejor no quieres que lo sea para ser tú su novia, que dices que no, pero igual me mientes.

—No te miento, mi niña. —Un nudo se hizo en mi garganta porque no era verdad, ya que por primera vez en mi vida le mentía y con la boca grande.

Nos fuimos a casa de Aurora. Raúl se empeñó en comprar comida por el camino y yo le dije que no podía ser, que yo debía aportar. No quería que nuestra estancia allí le supusiera un gasto extra.

—¿Estás de broma? No quiero aguarle la fiesta, pero te recuerdo que ahora estás en paro y debes ahorrar todo lo que puedas, bonita.

—Hombre, dicho así, un poquillo sí que me la aguas, la verdad. —Me eché a reír, porque en realidad era precioso lo que estaba haciendo por mí.

Llegamos casi al mismo tiempo que lo hizo Alberto de la escuela y enseguida notamos que entre Cris y él se iba a fraguar una buena amistad, pues se fueron a su cuarto a jugar.

—¿Ves? Ya ha desconectado, su cabecita es así. Tan pronto está proyectando una boda como peinando a una muñeca—le expliqué a Aurora quien asentía, consciente del problema que suponía.

—¿Y cómo podremos organizarnos por la noche? —me preguntó Raúl.

—Eso va a ser lo peor. —Pensé en alto.

—Bueno, voy a echar de menos compartir cama contigo, pero todo sea por el bien de mi cuñadita.

—Parecía resignado y además de buen grado, no podía ser mejor persona.

—Bueno, seguro que le podemos dar una solución. Si ella quiere, puede quedarse a dormir con Alberto y vosotros os marcháis.

—Te lo agradezco mucho, Aurora, aunque no creas que se chupa el dedo. Algo vale, eso sí, que se toma unos medicamentos que actúan como somníferos totales, cae en coma en un momento dado y

listo, entra en modo “*off*”.

Eché la cabeza para un lado, recreando la situación y provoqué la risa de ambos. Qué verdad es que quien no se consuela es porque no quiere, ya que el potaje se nos había agriado bastante con la aparición de Cris, pero solo era cuestión de ingeniárnoslas para seguir sacándole a aquellos días el máximo rendimiento.

Después del almuerzo, constatamos que Alberto y ella formaban un buen equipo, pues salieron del dormitorio del chico con un bonito regalo hecho por ambos a mano para Aurora.

Ella los miró emocionada. Sin duda que en instantes así pensaba que todo el esfuerzo vertido en el bienestar de su peque tenía también su recompensa. Y la ayuda de Cris le había resultado al muchacho inestimable para venirse arriba y preparar el mejor regalo manual para su madre.

—Pues si te ha gustado, dinerito para chuches. —Le puso la manita y yo es que me lo comía.

—No, Alberto, si tenemos una piñata y una fiesta que preparar... Va a haber mogollón de chuches ahí, hijo.

—¡¡Pues vamos con los preparativos!! —exclamó él y Cris también se volvió loca.

Mi hermana estaba en su salsa. Era la primera vez, desde que estaba malita, que salía de la zona de confort de la casa de mis padres y yo me sentía muy orgullosa de cómo lo estaba haciendo.

Mi hermana siempre había sido una jabata y ahora también seguía siéndolo ya que, pese a su situación, luchaba cada día con uñas y dientes por ser feliz. Y eso valía su peso en oro...

Capítulo 10

Y sí feliz lograba ser cualquiera día, no digamos ya aquel, que se celebraba un cumpleaños por todo lo

alto.

Para darle un poco más de bombo al evento, Aurora también invitó a sus padres (que se portaron de fábula con Cris) y a algunos amiguitos de Alberto, así como a algunos de ella.

Así las cosas, la casa se llenó de gente en un periquete. Mi hermana, que siempre había tenido mucho gusto para la música, insistió en que quería hacer de Dj y a todos nos pareció una buena idea.

Lo más gracioso, aunque solo en parte, fue cuando puso reguetón y se empeñó sí o sí en que Raúl tenía que bailar. La cara de él era un poema y todos lo jaleamos, claro está que mi chico no iba a hacerlo todo bien y ahí demostró que dotes de reguetonero no es que tuviera precisamente.

—Mi Raúl siempre ha parecido un modelo, desde pequeño, pero en lo que toca a bailar, ahí no estaba presente cuando repartieron el salero. —Almudena, su madre se reía al verlo como un pato mareado.

Su marido y ella ya estaban al corriente del problemilla que teníamos con Cris y su hijo, por lo que se echaban las manos a la cabeza cada vez que notaban cómo mi hermana intentaba retenerlo en exclusiva.

—¡¡Venga, ahora todos a bailar la conga!! —propuso ella cuando Raúl, hasta sudoroso por zafarse de la situación, dejó de bailar.

—¿La conga, hija? Pero si yo tengo una pierna a la virulé—le soltó José, el padre de Raúl, que andaba medio cojeando el hombre.

—Y yo tengo la cabeza también así y aquí estoy, hombre, pinchando, eso no vale—le dijo ella y tuvimos que asentir.

Conga por aquí y conga por allá, el rato fue pasando. A la hora de cortar la tarta, Alberto y Cris asumieron el protagonismo junto con Aurora y soplaron tan fuerte que a punto estuvieron de caerse encima y espachurrarla.

—Te has salvado de milagrito—le decía después mi hermana a su trozo de tarta mientras la miraba en el plato.

—¿Qué tal te lo estás pasando? —Me acerqué y la acaricié.

—Muy bien. Lástima que Wendy sea tan dormilona y no haya podido venir. Ya que está tuerta, por lo menos que se hubiera endulzado un poco la vida...

—Tú sí que me endulzas la vida a mí, cariño—le dije mientras Raúl se acercaba y nos acompañaba.

—¿A que es guapo mi novio? —me preguntó cogiéndolo por la cintura y él intentaba escurrirse como una anguila.

—Es muy guapo—asentí resoplando porque la perra que había cogido con el temita era cosa fina.

—Ya lo sé y no te preocupes que ya verás como a ti te va a salir uno parecido, hermanita.

Ahí sí que había acertado, tan parecido que venía a ser el mismito, por mucho que ella no lo supiera.

La hora de la piñata fue de órdago. Y no lo digo por decir, ya que el que pudo acabar ese día como Wendy, la muñeca de mi hermana, fue el pobre Raúl.

Resulta que echaron a suertes quien golpearla y le tocó a ella, que comenzó a dar saltitos de

alegría. A continuación, le tapamos los ojos y le indicamos dónde estaba la piñata.

En su afán porque le diera un buen garrotazo, Raúl le habló para intentar enderezar su posición y ella, emocionadita al escucharlo, se volvió con tal ímpetu que el garrotazo se lo arreó a él en un ojo.

Allí se formó la de San Quintín, porque ella se quitó el antifaz que le habíamos colocado y se tiró en sus brazos, mientras el pobre estaba sentado en el suelo con el ojo un tanto perjudicado.

—No te preocupes, cariño, que yo te voy a querer igual, aunque estés tuerto. Si quiero a Wendy, también te voy a querer a ti—le dijo y yo es que no sabía dónde meterme.

—Esto no estaba en el guion, Almudena, es pura improvisación—le comenté de lo más apurada viendo el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—Qué se va a hacer, mujer, ya se sabe que “amores reñidos son los más queridos” —me contestó ella partida de la risa porque la cosa se había parecido a estas situaciones que la gente cuelga como vídeos en Internet en forma de grandísimas leches.

Parda, mi hermanita la había liado parda durante toda la fiesta. Y pensar que una de las cosas que más preocupaba a mi madre cuando se quedó así fue el si sería capaz de interactuar con la gente. ¡Anda que no interactuaba y a garrotazo limpio si era menester!

—Esto me lo vas a tener que compensar tú. —Raúl me miraba mientras el resto recogía y le hice una carantoña.

—Claro que sí, cariño, ahora solo hay que rezar al cielo para que la moza caiga tiesa pronto.

Desde luego que lo hizo. Solo había que carburar lo temprano que se levantó para iniciar su aventura, lo mucho que se había movido durante el día, las emociones de la tarde al sentirse una

de las grandes protagonistas del cumple y lo nerviosa que se puso tras arrearle a Raúl, para saber que sus pilas por ese día se habían agotado.

Cris cayó a plomo al mismo tiempo que Alberto y, mientras que para ellos el día había terminado, a nosotros todavía nos quedaba mucha cuerda.

Agradecemos al cielo que Aurora se quedara con Cris, aunque le dijimos que cerrara la puerta con llave porque no deseábamos más sustos de madrugada. No los hubo, entre otros motivos porque a mi hermanita se le solían fundir los plomos cualquier noche, cuanto y más aquella...

Capítulo 11



Después de una noche que estuvo bien regadita de sexo, llegué a la puerta de Aurora a las siete y media de la mañana, con más sueño que un canasto de gatitos.

—¿Cómo ha dormido la muchacha? —le pregunté mientras ella me iba poniendo un cafecito.

—A tope como la COPE, ¿dónde se ha quedado mi hermano?

—Dando una última cabezadita, que no hemos dormido demasiado. Y, además, no queríamos aparecer juntos para no despertar sus sospechas.

—Vaya plan que tenemos, yo le estoy temiendo más que a un vendaval, como tu hermana se cosque del tema, para qué queremos más...

—Ya, es que sinceramente no sé cómo puede actuar. Normalmente cuando se estresa grita más que Tarzán cuando se cuelga de las lianas, pero en la presente ocasión no tengo ni idea de lo que podría ocurrir.

—¿Y se estresa a menudo?

—Tú sabes, a veces parece que se siente más agobiada que un cangrejo en un cubo y sí, la lía tela, no te voy a mentir.

—Pues ya me contaréis cómo se desarrollan los acontecimientos. Por cierto, ¿te parece si hablo en el cole de Alberto para que pudiera asistir hoy con él?

—¿Tú crees que podría?

—Hombre, sé que muy normal no es, pero esto es una escuela de pueblo y aquí nos conocemos todos. Fermín, el director, es amigo mío y podría llamarle para consultarle. Además, hoy van de excursión.

—Pues mira que no te diría yo que no. Así ella podría distraerse y nosotros también hacer algo de turismo por los alrededores o lo que fuera, no sé.

—Claro, mujer, que hay unos senderos estupendos que además deben estar preciosos con la que ha caído estos días. A mi hermano le encantan y Cris va a estar la mar de distraída.

—Pues haz esa llamada y, si lo logras, la despierto ahora mismo...

Aurora hizo la gestión y lo consiguió por lo que avisé a Cris de inmediato.

—Cariño, levanta, ¿quieres ir al mismo colegio que Alberto? Ya verás que te lo vas a pasar pipa allí. Y hoy hay excursión.

—¿Y me dejarán hacer de Dj como ayer? —me preguntó mientras se frotaba los ojos.

—Eso no es probable, pero seguro que te dejan que les cantes alguna de tus canciones y hasta es posible que puedas organizar alguna conga.

—Pues entonces voy. Por cierto, ¿tú dónde estabas?

—¿Yo? Durmiendo en el sofá, que bastante hace Aurora con dejarnos a todos aquí.

—¿Y mi futuro marido?

—Raúl está en su casa, no te preocupes por nada—resoplé pensando que otro día que se levantaba con la misma cancioncita.

Y hablando de cancioncitas, mientras se aseaba y peinaba me volvió a tocar el premio gordo.

—“*Me llamo Cristina, Cristina, Cristina, Cristina, Cristina...*”

—Cris, por Dios, déjate ya de cantar que vais a llegar tarde.

—Eso, Cris, que si llegamos tarde perdemos un punto—le explicó Alberto.

—¿Qué es eso de que perdemos un punto? —le preguntó ella sacando la cabeza por la puerta mientras intentaba hacerse una cola de caballo como las que le cogía Fati.

—Pues que cuando entramos por las mañanas tenemos diez puntos, y cada vez que hacemos algo mal, perdemos uno. Si un día salimos sin ninguno, tenemos que hacer un trabajo extra para compensar a los profes por nuestro mal comportamiento.

—Pero bueno, Alberto, lo has dicho con una contundencia que nos has convencido a todos. —Me senté a su lado pensando que era un gran niño.

A continuación, llegó Raúl y lo hizo con unos cruasanes exquisitos con los que acompañar las tostadas que ya había preparado su hermana.

—¿Cómo has dormido en el sofá, Vero? —me preguntó para despistar.

—Divinamente—le respondí y, tan pronto comprobé que nadie nos escuchaba, añadí un “como si me hubiera pasado un tren por lo alto” que hizo que la libido acudiera a sus ojos.

No había exagerado. Nuestras noches comenzaban a ser maratonianas y, aunque de buena gana hubiera dormido esa mañana unas horitas más, estaba encantada de la vida desayunando allí con mis chicos.

—Vero, corre, que tengo un problemita—me reclamó mi hermana desde el baño y pensé que esperaba que el problema no fuera del estilo del de la última vez, que había secado sus botas con el secador y, de meterlo dentro, le había fundido toda la boquilla.

—¿Qué pasa, Cris?

—Que he escuchado que está Raúl en la cocina y no puedo salir así.

—Es verdad, no te ha quedado demasiado bien la cola, aunque yo tampoco soy experta...

—Ya sé que no lo eres, por eso siempre me la coge Fati. Tú me dejas la cabeza llena de bollos, con todos los pelos levantados, parece que he metido los dedos en el enchufe.

—Gracias cariño, ya veo que me tienes un montón de confianza.

—De nada, hermanita.

Aquel era un show mañanero como otro cualquiera. Bendito sea Dios y encima el pobre Alberto, que no estaba acostumbrado a compartir baño, reclamaba el suyo, como era natural.

—Un momento, un momento, Alberto, que voy yo a tratar de enmendar la plana. —Almudena llegó

y nos demostró que se le daba mejor la peluquería que a nosotras.

—Gracias, cuñada—le espetó mi hermana dándole un beso y ella salió del baño santiguándose, como diciendo que allí se iba a liar la del 2 de mayo y algo más...

—¿Estoy guapa, Raúl? —Salió ella diez minutos después, ya vestida.

—Sí, Cris, te sienta fenomenal esa falda y...

Raúl se quedó mirando lo mismo que yo y ambos nos echamos a reír.

—Cris, ¿se puede saber qué es eso? —Señalé a la parte baja de sus piernas.

—Unos calcetines, ¿no lo ves?

—Pero esos calcetines están... ¡pintados!

—Claro, no tenía, pues me los he tenido que pintar. Por Dios, qué estrés, dame un cruasán, porfita.

—Se lo dí, se lo dí, que solo faltaba que se estresara demasiado y nos diera un festival de gritos. Ahora, eso sí, no podía dejar de reírme viendo sus “calcetines” a los que les había pintado hasta unos borlones y todo. De traca, mi hermana era de traca.

Capítulo 12



Los parajes por los que me llevó mi chico me parecieron sensacionales. El día volvía a darnos tregua y, aunque la sensación era de mucho frío, no llovía ni nevaba.

Afortunadamente, ambos íbamos bien pertrechados de ropa, con nuestros plumas calentitos reconfortándonos.

Me acordé de Cris y de que ella también llevaba uno que le había prestado Aurora, aunque no hubo manera de que se pusiera pantalones. Ella quería lucir sus piernas y sus “calcetines” y no logramos bajarla del burro.

Menos mal que Cris no era en absoluto friolera y, además, me la imaginaba dando saltos como una cabra por donde fuera que los hubieran llevado de excursión.

Menuda revolución que debía estar formando la niña, según era. Desde pequeña había sido el alma de toda reunión, excursión o fiesta que se preciara. Y ahora la cosa no iba a menos, sino a más, ya que no conocía el corte ni la vergüenza, dado su estado, que la hacía despreocuparse de todo.

—Te voy a enseñar algo que espero que te guste—me comentó Raúl cuando llegamos a un árbol de lo más frondoso y, tan ancho, que yo no pude abrazarlo por mucho que abrí los brazos a tope.

—Dime, ¿Qué es?

—Mira, es aquella cabaña.

Si no me la llega a señalar, desde luego que no la veo. La cabaña en cuestión, de madera, estaba situada en la copa del árbol.

—Pero ¿qué es esa cosita? Por favor, qué cucada.

—Es mía, mi padre me la construyó cuando era un niño y los vecinos siempre la han respetado.

—Pues menos mal, porque hubiera sido una pena de haberla derrumbado, le da un aspecto al bosque...

—Sí, de película, es verdad. No sabes los buenos ratos que me he pasado ahí en la infancia...

—Y en la adolescencia, vamos digo yo...

—Sí, también en la adolescencia, pero ¿por qué me miras así?

—Porque ese tiene que haber sido un picadero de escándalo, como si lo viera...

—No, mujer, tampoco es que fuera para tanto.

—¿No, mujer? Mira que me están entrando ganitas de probarlo para así poder sacar mis propias conclusiones.

—¿Bromeas?

—¿Tú me has visto a mí carita de broma?

—No, si te digo la verdad, tienes una carita de picarona para comérsela entera, eso es lo que tienes.

No le faltaba razón a mi chico porque, de repente, me habían asaltado los celillos por imaginármelo allí con Ángela cuando los dos no fueran más que unos pipiolos.

—Pues vamos para arriba entonces.

No las tenía todas conmigo cuando se lo dije, pero no tardamos en escalar como monos. Yo misma le puse un ímpetu que, antes de que quisiera darse cuenta, ya estaba arriba y dispuesta para rematar la faena.

Si la casa de Raúl en el pueblo era una cucada, no digamos ya la cabaña en el árbol. Claro está que esta última no gozaba de las mismas comodidades, ni falta que nos hacía.

Muy previsor él, llevaba en su mochila unas jarapas que colocó en el suelo y, sin mayor dilación, allí mismo comenzamos a amarnos. Esa se había convertido en nuestra asignatura preferida y hacerlo allí le dio un plus, así como salvajillo, que me fascinó.

Claro está que con lo que no contábamos era con que la cabaña llevaba demasiado tiempo vacía y nosotros le dimos un movimiento que para qué.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté cuando escuché aquel crujido que me resultó tan sospechoso.

—Yo no he escuchado nada.

—Pues Dios te conserve la vista, porque el oído lo debes tener fatal, ¿en serio que no lo has escuchado?

—Para nada, no lo he escuchado para nada.

—Pues muévete otra vez a ver si...

—Ostras, ahora sí—murmuró según se movió.

—Pues yo de ti ya no me movería más, ahora que sé que no estoy loca. —Me reí, aunque de lo que me estaban entrando unas ganas sorprendentes era de llorar.

—No, no te muevas, amor, que esto se está volviendo un poquillo peligroso.

—De repente me da igual el peligro—le dije para quitarle algo de tensión al asunto.

—¿Y eso?

—Porque me has llamado amor, ya puedo morir tranquila. —Escenifiqué un poco y, a duras penas, logré que su sonrisa hiciera acto de presencia.

—No te voy a negar que la situación es un poquillo delicada, amor, vamos a tener que salir de aquí extremando las precauciones.

—Pues muchas no es que hayamos tomado más allá de...—Señalé su preservativo en un nuevo intento de salir de aquella sin echarme a llorar como una niña pequeña.

—Tranquila, no va a pasar nada, pero es que parece que una rama está cediendo y la cabaña comienza a ladearse.

—¡¡Toma ya!! ¿Y aparte de esa tienes alguna buena noticia?

—Pues que de esta salimos de una pieza, eso te lo garantizo.

Ojalá tuviera razón porque a mí me estaba entrando un cague que no era normal. Que vale que yo me había quedado en el paro y que ese día pensé que mi vida había terminado, pero que era broma, que tenía mil años por delante y ahora encima a una persona maravillosa con la que compartirlos.

Salir de la cabaña con la cabeza en su sitio se convirtió en nuestro principal objetivo y a él tuvimos que ponerle precisamente eso; un poco de cabeza.

—Vamos a ir avanzando en dirección contraria a la que se está ladeando—me indicó él y yo temblé de pies a cabeza al constatar que sí, que cada vez estaba más ladeada.

—No sé si voy a poder hacerlo porque siento que tengo todos los miembros agarrotados—murmuré con más miedo que siete viejas.

—Pue yo te he visto hace nada de lo más suelta, mucho no se te habrán agarrotado en tan poco tiempo. —También estaba chistoso el muchacho.

—En buena hora se me ocurrió a mí subir aquí, mira que yo no soy demasiado de alturas, me ha dado una ventolera...

—A lo hecho, pecho, bonita.

Y precisamente hasta eso, el pecho, lo llevaba yo descubierto, porque allí nos habíamos puesto el traje de Adán y Eva.

Con mucho cuidado para no empeorar todavía la situación cogimos con la puntita de los dedos la ropa y zapatos y nos dispusimos a movernos. Lo hicimos a cámara lenta, para de repente, salir volando.

—Ahora, mi niña, que la cosa está que arde—me indicó y, a toda mecha, salimos de la cabaña y saltamos hacia una rama cercana a la que estaba cediendo.

No hace falta decir que, en el salto, que hicimos desnudos como en el *reality* ese en el que todos los concursantes iban como su madre los echó al mundo, me ayudó Raúl.

Nos quedamos cogidos de aquella rama como dos monos y después, viendo como la rama terminaba de ceder, y con ella la caseta, nos llevamos las manos a la cabeza.

—De la que nos hemos librado, pollito, de la que nos hemos librado—le indiqué incrédula, porque nos habíamos salvado de chiripa.

—Cariño, ¿estás bien?

Raúl no podía mostrarse más cariñoso conmigo y yo me eché a reír de los nervios. Lo cierto es que estaba aterida de frío y muerta de miedo, pero el saber que aquella la íbamos a contar hizo que comenzara a reír sin poder evitarlo.

Poco a poco, me ayudó a ir bajando pues en ese momento sí que me había quedado agarrotada.

—Mira que he visto a la fea esa de la guadaña de cerca—le comenté en relación con la muerte, que había pasado rozándonos.

—No lo hubiera permitido ni majara, eso tenlo claro—me dijo mientras me ayudaba a taparme.

Cuando por fin estuvimos abajo, terminamos de vestirnos y nos abrazamos.

—Ahí han quedado un buen puñado de recuerdos de las últimas décadas—me indicó él mirándola.

—Hombre, dicho así parece que ya ibas embarcado en el Arca de Noé y eres un niño.

—Un niño que te va a comer enterita, ¿te he dicho ya que me tienes loco?

—De locura ha sido esto, qué estruendo se ha formado, por Dios.

La cabaña había quedado reducida a un millón de tablas que caían unas sobre otras, allí había madera para parar el tren.

Comenzamos a besarnos como si no hubiera un mañana, pensando en lo que podía haber ocurrido y, por fortuna, no ocurrió.

Me sentía reconfortada en sus brazos, pues pocas veces en la vida había sentido tanto miedo como aquel día. A decir verdad, tan solo cuando Cris sufrió el accidente y durante las primeras horas no sabíamos si iba a salir para delante.

—¿Qué podría hacer para compensarte por esto? —me decía él que, en el fondo, se sentía culpable.

—¿Cómo vas a tener que compensarme si he sido yo la cabezota que se ha empeñado en subir? Olvídate por completo, cielo. No nos ha pasado nada...

—Aun así, tengo que buscar la forma o no estaré contento, quiero que estos días sean maravillosos y que no tengas ninguna queja.

—¿Y qué queja puedo tener yo? Me lo estás poniendo todo en bandeja, esto ha sido un accidente.

—Ya, pero no entraba en mis planes.

—Créme que los accidentes no entran en los planes de nadie, que nos lo digan a mis padres, a mí y a la propia Cris.

—Ya, cariño. Por cierto, qué salero ha tenido plantándose aquí solita a buscarte, con dos ovarios.

—Y eso que no sabía que estaba contigo, que si no corre todavía más y creo que pierdo el pelo.

—Yo creo que sí. Por cierto, vamos a tener que dar parte al ayuntamiento y hasta me temo que me va a tocar pagar la recogida de todas estas maderas.

—Considéralo un pago por los buenos momentos pasados dentro, pájaro. Y, por cierto, ahí sí que me debes una, que no hemos terminado de consumir.

Nos echamos a reír y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que nuestra aventura había alertado a más gente.

—¡Tío Raúl! —chilló Alberto, que venía de excursión con todos sus compis.

—¿Qué haces aquí, chiquitín?

—Pues que estábamos en el bosque y hemos escuchado un ruido como un trueno, pero más fuerte. Yo creía que era el fin del mundo, pero parece que no.

—¿Cómo va a ser el fin del mundo con todo lo que te queda a ti por vivir?

Raúl comenzó a hacerle cosquillas a su sobrino, que corría como una liebre, porque todos los demás seguían avanzando entre los árboles hacia nosotros.

Uno de los profesores llegó también a nuestra altura, silbando.

—Ostras, ¿estabais arriba? —nos preguntó calibrando la situación.

—Eso parece, la cosa ha tenido miga—le contestó Raúl al que, al parecer, era amigo suyo por la familiaridad con la que se trataron.

—¿Y esta señorita es?

—Perdona, Roberto, es que estamos todavía que no nos llega la camisa al cuerpo, tenía que habértela presentado. Ella es mi novia, Verónica.

Ea, pues ya lo había dicho, en poquísimos días era su novia, aunque desde luego yo no iba a presentar objeción alguna porque estaba encantada de la vida de serlo.

—Mucho gusto en conocerte, Verónica, vaya susto, ¿no? Te digo que ya podéis apuntar el día y la hora porque acabáis de nacer.

—Sí, es verdad. Seguro que ya conoces también a mi hermana Cris, es la chica que os acompaña hoy en la excursión.

—¿Cris es tu hermana? No te imaginas lo que nos hemos reído con ella, lo que ha podido cantar esa muchacha en el autobús, mañana la vais a tener afónica.

—Ella es que es así, la alegría de la huerta...

—Sí que lo es.

—Por cierto, ¿dónde está? Ya veo aquí a casi todos los chicos y a ella no.

—Ella venía delante conmigo, Vero, pero ahora no la veo—me dijo Alberto y me quedé extrañada.

—¿Delante?

—Sí, a mi lado, los dos corrimos cuando escuchamos el ruido, fuimos los más rápidos.

—Alberto, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro...

—¿Tú nos has visto besarnos?

—Sí, un montón...

Eso lo explicaba todo, porque si Alberto nos había visto, Cris también...

Capítulo 13



Acababa de llevarme un disgusto tremendo. Tanto querer tapar la situación y, de golpe y porrazo, mi hermana se había enterado de la peor forma.

Nunca mejor dicho “de golpe y porrazo” porque eso sería lo que ella estuviera deseando darme un porrazo en toda la jeta por haberle mentido.

—¿Estás pensando lo que creo que estás pensando? —me preguntó Raúl a quien el disgusto también se le notaba a kilómetros de distancia.

—Te digo yo que si Cris nos ha visto tiene que estar más cabreada que un mico. Y en esas circunstancias su reacción puede ser absolutamente impredecible.

—Define impredecible porque me estoy empezando a poner un poco nervioso.

—Había dos caminos; que echara fuera su rabia directamente contra nosotros o que corriera sabe Dios hacia dónde. Y, por lo que se ve, ha elegido la segunda.

—No te preocupes, Vero, te doy mi palabra de que la vamos a encontrar.

Su palabra me reconfortaba, no puedo negarlo, pero era demasiado el miedo que sentía, ¿y si Vero había salido corriendo tan desubicada que sufría algún accidente?

Si algo le pasaba por mi culpa, no me lo podría perdonar jamás. Otra cosa que tendía a hacer cuando algo la sacaba de quicio era aislarse. Y eso me preocupaba más todavía porque en esas ocasiones era imposible llegar hasta ella, digamos que era como si se pusiera unos cascos muy potentes y se negara a aceptar lo que ocurría a su alrededor.

Recordé sus piernas desnudas, con sus calcetines pintados, y me estremecí. Miré al cielo y pensé que, quien estuviera ahí arriba, se llamara como se llamase, nos tenía que echar un cable.

“Ya estuve a punto de perderla una vez, no puedes hacerme esto”. Claro que no, no podía ocurrir, no podía perder a mi niña bonita, no podía quedarme sin mi alma gemela, sin la persona con la que había crecido y por la que daría la vida.

Le pedí también al universo que me cambiara por ella, que nada malo le ocurriera, que bastante había pasado ya. Antes prefería mil veces que me pasara a mí.

—¿Dónde estás? —me preguntó Raúl una vez paró de dar aquellos primeros gritos llamándola a voces.

—Ni yo lo sé, pero ahora nos tenemos que centrar en su búsqueda, no en mí. Es invierno y si pasan las horas y llega a caer la noche... —Comencé a llorar, no pude evitarlo. Ese pensamiento me azotaba.

—Eso no va a pasar. Le pediré a Roberto que el chófer se lleve a los niños y los demás nos quedaremos organizando su búsqueda.

—Conmigo no cuentas para que me vaya, tío Raúl, yo me quedo buscando a Cris.

Alberto era un hombrecito y había hecho unas migas excelentes con mi hermana. Normal que quisiera ayudar.

—De acuerdo, pero se quedará bajo tu responsabilidad—le indicó Roberto cuando él se lo comentó y Raúl asintió.

En cuestión de cinco minutos habíamos organizado el dispositivo de búsqueda. Los profesores se habían organizado en dos grupos de tres, mientras que Raúl, Alberto y yo formábamos el tercero.

Nos estábamos desgañitando, llamándola, pero sin ningún resultado.

—¡Cris, vuelve, te prometo que te dejaré todos mis juguetes si lo haces...! — Alberto chillaba como un condenado. Otro que no iba a tener voz al día siguiente.

Y sí, ojalá que fuera otro, ojalá que Cris no tuviera voz de tanto como había cantado pero que la tuviésemos de vuelta. ¿Cómo se encontraría? Ni siquiera se había llevado la mochilita con sus cosas y la comida, porque esa nos la encontramos tirada en el suelo.

Me sentí sucia, rastrera, egoísta... Ella había venido a buscarme al pueblo de Raúl y yo ni siquiera le había dedicado aquella mañana. Pude hacer las cosas de otra manera, esa era la realidad. Pero no, vi el cielo abierto cuando Aurora me propuso que se fuera de excursión con el colegio.

Era la primera vez que me sentía así, pues creía haber cumplido siempre a la perfección con mis obligaciones de hermana. ¿Qué me había pasado de pronto? Era como si el amor me hubiera nublado el sentido y Cris pasado a un segundo plano.

Estaba siendo muy dura conmigo misma, lo sabía, pero ¿qué otra cosa podía hacer sino lamentarme mientras no dejaba de buscarla?

Me odiaba y me maldecía.

—¡¡¡Cris, mi niña vuelve, por lo que más quieras, vuelve!!! Si estás enfadada conmigo, hazlo al

menos por papá y por mamá.

Era lo único que se me ocurría; apelar a su conciencia, al amor de nuestros padres, al sufrimiento de quienes no tenían ninguna culpa de aquella situación.

Por supuesto que no recibí ningún tipo de contestación, ¿me estaría escuchando y me castigaba con su silencio? ¿O por el contrario se habría aislado mentalmente del problema y estaba en su particular mundo?

Ocurriera lo que ocurriese a partir de ese momento, algo se había roto en mi interior. Nunca podría volver a ser la misma, el sentimiento de culpabilidad me perseguiría allá donde fuere.

Yo siempre había sabido que Cris era importante para mí, pero en aquellos fatídicos instantes tomé conciencia de cuánto. Pensaba en ella, en lo mucho que yo representaba para aquella personita que se había quedado tan indefensa en la vida y en que yo no tenía perdón de Dios.

Vale, no quise hacerle daño en ningún momento, pero ¿tanto valía el amor de un hombre al lado del daño que le había infligido a mi hermana al estar con él?

Miraba a Raúl y todo me dolía. Él también parecía desesperado, pero lógico que no tenía tanto en juego como yo. Sin haberme dado cuenta, yo solita me había metido en la boca del lobo.

Y ahora rogaba para que no le ocurriera nada, para volver a tenerla conmigo dándome lata, cogiéndome mis pintalabios y haciéndome burla... Para que nunca me faltara su sonrisa, para tener a mi loquilla conmigo con esa alegría que solo ella sabía despertar en mí.

Capítulo 14



Con el paso de las horas mi desesperación fue en aumento. Miraba el móvil pensando en la posibilidad de que ella me enviara algún mensaje.

¿Un mensaje? Si no querría verme ni en pintura. Y encima, al saber Dios dónde estaría, no era probable ni siquiera que tuviera cobertura pues los muchos intentos que hicimos de contactar con ella por ese medio fue lo que nos demostraron.

Mis esperanzas se desvanecían a la vez que lo hacían mis fuerzas. Por mucho que Raúl insistió yo no había probado bocado desde por la mañana. El nudo que sentía en el estómago no me permitía que en él entrara ni el puñetero pelo de una gamba...

—No sé qué más podemos hacer—le decía Roberto a Raúl y es que ya hacía horas que el dispositivo había aumentado con un buen puñado de vecinos del pueblo que no cejaban en su empeño de dar con mi hermana.

—Los de protección civil están también a punto de llegar. Hay que prepararse porque parece que la noche va a ser larga. —Le escuché decir.

—Raúl, ¿van a bajar las temperaturas? —Le indiqué con los ojos que mirase a su móvil y él lo hizo.

—Un poco, no puedo mentirte, pero la vamos a encontrar antes.

—¿Y si la vamos a encontrar antes por qué le acabas de decir a Roberto que la noche va a ser larga?

—Larga eres tú, mi vida...

—No, yo no soy larga. De hecho, te diría que esta vez he sido muy, pero que muy cortita...

—No digas eso, ¿Quién podría imaginar que tu hermana estaría detrás de nosotros cuando nos besáramos?

—¿Y quién podía pensar que íbamos a poder esconder eternamente lo nuestro? Las mentiras tienen las patitas muy cortas...

—Cariño, no te mortifiques. ¿Por qué no te vas con Alberto a casa de Aurora y descansáis un poco? Tus padres también vienen de camino y puedes darles el encuentro allí.

Estaba claro que, me dijese lo que me dijese en ese momento, no me iba a sentir bien, pero aquel ofrecimiento me tocó la moral.

—Te voy a decir una cosa; que sea la última vez que me dices que deje de buscar a mi hermana, ¿me he explicado? —vociferé.

—Como un libro abierto, cariño, como un libro abierto...

Lo mismo estaban pagando justos por pecadores, pero es que del mal humor que tenía no me soportaba ni yo. Incluso ya no veía nuestra relación de la misma forma, ¿cómo podía hacerlo si había motivado que mi hermana estuviera en peligro?

Seguimos buscando, pero, al contrario de lo que hicimos las primeras horas, me separé de él y de Alberto. Era como si su presencia me causara rechazo, como si en cierto modo lo considerara el culpable. Claro está que no, que si allí había alguna culpable esa era yo y solo yo...

Un par de horas más tarde, Raúl me alertó por una llamada de teléfono que acababa de recibir.

—Tus padres han llegado y, al parecer, tu madre no está en las mejores circunstancias.

—¿Y eso?

—Está sufriendo un ataque de ansiedad y piensa que Aurora se está comiendo el marrón sola. Vero, aquí somos muchos buscando, ve y ayuda a tu madre. Yo te acompaño y vuelvo enseguida.

—De eso nada, yo puedo ir solita. Sigue tú buscándola, por favor y cualquier cosa...

—Cualquier cosa te aviso, tenlo claro...

Resoplando volví hacia el pueblo. En ciertos momentos, y pese a seguir las indicaciones de Raúl, tuve miedo de perderme. Eso sí que hubiera sido la leche, pero por fin encontré el camino.

Estaba llegando a casa de Aurora cuando algo llamó la atención. El castillo de plástico de Alberto, situado en un terrenito justo detrás de la casa, tenía una luz encendida, muy tenue, pero luz, al fin y al cabo.

La posibilidad de que esa tenue luz fuera lo que yo estaba pensando alumbró mi corazón.

Me acerqué con todo el sigilo del mundo, porque si Vero estaba allí dentro y me escuchaba, lo más probable sería que volviera a huir.

Me empiné y miré hacia dentro. Efectivamente, mi corazón dio un bote porque aquella petarda estaba allí, alumbrada con la linterna de su móvil y hablando con la muñeca que le había comprado Raúl.

Puse el oído antes de que me viera, intentando recabar algo de valiosa información.

—Son malos y se van a casar entre ellos, pero no te preocupes, que tú y yo no vamos a ir a esa boda. A otra que nos inviten sí, a hincharnos de gambas, pero a esa no.

Primera noticia que tenía en mi vida de que mi hermana me considerara mala. Y no hacía falta que ella lo hiciera, porque ya me lo consideraba yo.

Poco a poco, abrí la puerta del castillo y la ocupé por completo, evitando que pudiera salir.

—Como no me dejes irme, te comes el peine. —Me amenazó con lo único que tenía en la mano y yo pensé que estaba perdida, que me iba a comer una a una toditas sus púas.

—Cariño, déjame que te explique.

—Yo no soy tu cariño, tu cariño es el otro, al que le estabas dando besitos así...—Puso la boca como un pez y empezó a hacer unos ruiditos besucones tan graciosos que, de no ser por lo trágico de la situación, me hubieran hecho reír de lo lindo.

—Perdóname, cariño, tienes que perdonarme.

—Tú lo has querido, te comes el peine...

Puedo prometer que lo sentí en la boca, suerte que de nuevo se abrió la puerta del castillo y no apareció un príncipe, pero sí mi padre, quien alertado por las voces no dudó en acudir.

—Por Dios, Cris, ¿dónde estabas?

—Peinando a mi muñeca, que es lo único divertido que se puede hacer en este pueblo. Eso y que mi hermana se coma el peine, papá...

Capítulo 15



Ni que decir tiene que mi padre me la tuvo que quitar de encima. Si la deja, efectivamente me como el peine.

A duras penas la convenció para que entrara en casa de Aurora, quien demostró una calidad humana excelente y había preparado un consomé calentito para todos. Falta nos hacía, desde luego.

Aunque parecía haber estado jugando como si tal cosa, lo cierto es que mi hermana estaba aterida de frío. Yo no podía parar de mirarla y, la imagen de aquellos calcetines pintados, ya estropeada por el paso de las horas, me inspiró una tremenda ternura.

—Venga, Cris, que mientras ellos ponen la mesa te voy a ayudar a ducharte.

—Yo no necesito la ayuda de ninguna víbora robanovios para ducharme, soy bastante mayorcita, por si no te habías dado cuenta.

Sí, la estampa era más o menos lo que indicaba, que ella era bastante mayorcita, pero la historia se la estaba contando a su muñeca.

—Déjalo, Vero, voy a ayudarla yo—me comentó Aurora, quien tenía el cielo ganado.

Menos mal que, al menos, a mi madre se le había pasado el ataque de ansiedad, por lo que pude

contarle todo lo sucedido.

—Vero, hija, tenemos un plan por delante que nos puede estallar en toda la cara, yo no sé ni cómo hacer las cosas—me confesó ella y fue la primera vez en la vida que la vi tan angustiada desde el accidente de Cris.

—Ya lo sé, mami, es que la cosa tiene timba. Pero no te preocupes, que yo ya he tomado una decisión.

—¿Y eso?

—No voy a consentir que Cris me odie por un hombre, voy a dejar a Raúl.

Pero Cris, pese a estar en el baño, debía tener las parabólicas puestas, pues no tardó en chillar desde allí.

—¡Como que te has creído que te voy a perdonar porque ahora lo dejes! Has conseguido que me ponga los cuernos cuando ya estábamos a un paso del altar y eso es algo que no te voy a perdonar nunca, ¿me oyes? NUN-CA.

Lo dijo despacito y con buena letra para que yo me enterase. Yo no podía saber exactamente cuánto le había dolido a ella vernos juntos, pero lo que sí tenía claro era lo que me dolía a mí verla así.

—Cris, cariño que, aunque tú creas que sí, Raúl no era tu novio—le recordé.

—No, si verás, mamá, al final va a decir que era el suyo...

No nos reímos porque no teníamos el cuerpo para jotas, pero vaya telita.

Terminó de ducharse, con la ayuda de Aurora, y vino a la mesa con el pelo todavía mojado.

—No ha habido manera de secárselo, dice que está bien así.

—Cris, hija, déjame que te peine. —Le pidió mi madre porque ese día sí que parecía cierto eso que ella decía de que había metido los dedos en un enchufe.

—No, me gusta así y me gusta así. A partir de ahora voy a hacer todo lo que me venga en gana, ya no me vais a poder tratar más como a una niña, estoy pero que muy enfadada.

—Cris, mi vida, tu hermana no ha pretendido...

—¿La vas a defender a ella, mamá? Porque te recuerdo que ha sido una lagarta. Y tú, papá, ¿no tienes nada que decir? Pues ya te has quedado sin ser el padrino, por tener tan poca sangre.

Allí había para todo el mundo. Alberto entró por las puertas triunfante, pues lo primero que hice después de que mi padre me librara de comer peine a tutiplén fue avisarlos.

—¡Cris, estás aquí, estás bien! —La abrazó con fuerza y ella a él.

—¿Veis? Este es un hombre como Dios manda y no como otros poncuernos que yo me sé—soltó dirigiendo una iracunda mirada en este caso a Raúl.

—Cris, ¿cómo te encuentras? —le preguntó él obviando su comentario.

—Divinamente, pero no gracias a ti, que has roto nuestro compromiso. Y quédate con esto...

Ahí sí que tuvimos todos que contener la risa, porque ver a mi hermana intentar sacarse un anillo imaginario del dedo tirando con toda su fuerza no era algo que se diera todos los días.

—Cris, hija, que te vas a sacar el dedo.

—Pues me da igual, mamá, con tal de tirarle a la cara esta baratija, que no le debe haber costado más que una miseria, porque en realidad no me quiere.

Hasta de miserable lo puso y él tragaba saliva como pudo.

—Y ahora se lo pones a mi hermana—hizo como que ya lo tenía quitado—, y os vais los dos a la gran puñeta donde yo no vuelva a veros, que sois unos indeseables, unos cretinos y unos traicioneros.

Si para algo estaba sirviendo aquello era para que la lengua de Cris, que hacía tiempo que parecía estar como adormilada, con un lenguaje un tanto cortito, se despertase. Cuántas palabrejas y qué hirientes.

—Raúl, yo creo que será mejor que te marches—le indicó Aurora al ver que Cris se estaba soliviantando.

Y no le dio tiempo a terminar de decirlo cuando ella se puso a chillar, como hacía siempre que se estresaba. Demasiado había tardado, pero madre mía cómo berreaba la niña.

Hasta Alberto, que siempre mostraba mucha paciencia con ella, se tapó los oídos y le pidió por favor que parase, pero no hubo suerte.

—Tío Raúl, vete, porfita, que nos va a dejar sordos. —Le pidió.

Raúl me dirigió una última y penosa mirada como rogándome que me fuera con él. Yo me debatía entre la pena, la ira, la frustración y no sabía cuántos sentimientos contradictorios más, pero desde luego que ninguno bueno.

No me digné ni a mirarle, había tomado una decisión y debía ser consecuente con ella. ¿Me estaba inmolerando? Probablemente, pero si algo no podía permitir en el mundo era que la estabilidad mental de mi hermana, que estaba en la cuerda floja, quedara todavía más comprometida.

Cuando cerró la puerta sentí que un capítulo de mi vida había acabado. Y ahora quedaba por delante una última batalla que librar; la del perdón de Cris.

Capítulo 16



La vuelta a casa fue una verdadera calamidad. Mi madre se tuvo que sentar en el asiento trasero del coche con ella porque no aceptaba tenerme cerca.

Aun así, no permitió que paráramos ni siquiera para tomar un triste café, porque cuando mi padre intentaba hacerlo, ella comenzaba a chillar como una posesa y el hombre desistía.

Cada vez que podía me dirigía una mirada burlona y medio amenazante de que iba a comer el peine en cualquier momento, y por lo bajini, le iba diciendo unas cosas a su muñeca que yo procuraba ni escuchar, porque me dolían como si se me fuera la vida en ello.

Llegamos a casa y ella no permitió ni que yo subiera.

—Solo quiero ayudar a papá y a mamá, ya después me voy.

—Tendrán que elegir, si pones un pie en casa, soy yo la que me voy, robanovios.

Ese era mi nuevo apelativo, pues no se dirigía a mí por mi nombre ni a la de tres.

Mi madre me miró rogándome que dejara las cosas estar y que volviera en otro momento.

Llegué a mi casa y, como era mediodía, Fati y Julio estaban allí.

—¿Ya ha vuelto la niña bonita? —me preguntó él desde la cocina cuando escuchó la cerradura.

—Espera a ver mi cara y a lo mejor cambias de opinión—le comenté mientras iba hacia ellos.

—¡Joder! Pues sí que tienes razón. Hija, ¿tú vienes de un revolcón o de un funeral? Porque he visto a viudas con mucha mejor cara.

—Pues lo mismo de un funeral sí...

—¿Y a quién se supone que has enterrado? —me preguntó Fati mientras me daba un caluroso abrazo.

—A mi relación con Raúl—le respondí comenzando a llorar de forma hiposa.

Mis amigos se miraron sin saber lo que decir. La desaparición de Cris, pese a que para mí duró una eternidad, en realidad lo hizo unas horas, por lo que no llegó a trascender en nuestro pueblo. Por esa razón, hube de contárselo todo con pelos y señales.

Me senté con ellos, que habían preparado un puré de verduras calentito y me sirvieron un cuenco que me sentó muy bien.

—Pero vamos a ver, mendruga, Cris terminará pasando por el aro, no puedes romper con ese tiarrón por lo que ha pasado. —Julio tenía clara su postura.

—Pues yo no sé qué decirte. Si a mí me llega a pasar eso con mi hermana es muy probable que actuara como lo ha hecho ella. —Fati me entendía.

—¿Y eso por qué? —Volvió él a la carga.

—Porque los tíos son como los peces, de los que el mar está lleno, pero ella hermana solo tiene una y la puede perder a consecuencia de esto.

—Yo no creo que la sangre llegara al río. Para mí que nos traemos aquí una mañana a Cris a tomar churros y sanseacabó, seguro que entre todos la convencemos.

—Tú dices eso porque no la has visto. Ni siquiera me dirige la palabra, me llama “robanovios” y me echa unas miradas de odio que me matan de la pena—puntalicé.

—Ains, esa cabeza de chorlito, pero ¿dónde se ha visto que Raúl pudiera ser su novio?

—Es que piensa que ella no es consciente de su problema y, aunque suele actuar como una niña, también tiene gustos e instintos de mujer. Esto es un lío...

—Sí que lo es, guapa, y el del Monte Pío, desde luego... Vaya con el plan que tenemos.

Sí, sí que lo teníamos y en un momento de mi vida en el que no me faltaba un perejil. Al disgusto de mi hermana debía unirle que yo estaba sin curro. ¿Y si no lo encontraba pronto? Antes tenía volver a casa de mis padres porque lo consideraba un fracaso, pero ahora es que ya sería la hecatombe.

Me acordé del ofrecimiento de Raúl, de que él tenía dormitorios libres, y el alma se me cayó a los pies. Aunque lo nuestro había durado un suspiro, yo sentía que él era un hombre especial, hasta diría que creía estar segura días atrás de haber encontrado a mi media naranja. Y ahora, de sopetón, esa media naranja se había convertido en un medio limón...

Claro que, si la vida te da limones, yo soy de las que piensa que hay que hacer limonada con ellos, pero algo me decía en mi interior que aquella vez me iba a costar más de lo que pensaba salir de aquella.

Por la tarde hice un nuevo intento, llamé al telefonillo de mis padres y fue mi hermana quien contestó.

—Cris, ¿puedo subir?

—Sí, claro que puedes, pero mira antes al balcón—me contestó.

¿Habría un rayo de esperanza? Miré al balcón, siguiendo sus instrucciones, y me hizo una peineta.

—Puedes subir, pero aquí, y pedalear si quieres, robanovios.

Las lágrimas se me saltaron. Mi madre salió al balcón y la reprendió, pero en vano. Me encogí de hombros y salí andando. Por el camino me encontré a mi amiga Rosa y de nuevo los recuerdos hicieron huella en mí.

Qué divertido fue el día que entramos juntos a comprarle las bombas de chocolate y qué tarde más linda pasamos los tres en su casa. Me daba igual ser un poco friki y tirarme con ellos al suelo a jugar al Scalextric, Dios, qué añoranza estaba sintiendo. No me gustaba nada aquella sensación, pero tampoco podía evitarla en absoluto.

Rosa se quedó un tanto alucinada por verme también en aquel estado y, como tenía mucha confianza con ella, le conté.

—Cris te adora, esto va a pasar, no te preocupes.

—Eso espero, pues con todo y con eso, me queda un berrinche bueno.

Yo sabía bien cuál iba a ser ese berrinche; el de volver a encontrarme a Raúl, que para más inri

era mi vecino, y no poder decirle ni esta boca es mía. Cuánto dolor en tan poco tiempo...

Capítulo 17



Mis temores no tardaron en hacerse realidad, pues Raúl llegó el domingo por la tarde, un día antes de incorporarse de nuevo a su trabajo.

Durante los días que mediaron entre mi marcha de su pueblo y su vuelta había intentado, en vano, contactar por teléfono y wasap conmigo.

Lo primero que hizo al volver fue llamar a mi puerta.

—Vero, no seas niña, por lo que más quieras, tenemos que hablar. No sé si eres consciente de lo hondo que me has calado, pero estoy pasando un infierno.

A mí sí que me caló hondo verle pues, por mucho que quisiera negarlo, me estaba enamorando de él cuando sucedió todo aquello. Lógicamente, no podía dar mi brazo a torcer, por lo que me mostré tajante.

—Raúl, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. Si de verdad me aprecias, tendrás que irte por donde has venido.

Medí muy bien mis palabras. No quise decir si me quieres ni nada parecido, porque hasta pronunciar esas palabras me dolía tela del telón.

—Solo una conversación, por favor, una sola... Y si después de eso no he sido capaz de

convencerte, te prometo que no insistiré más.

No debía caer en la tentación, miedito me daban mis sentimientos, pero acepté pasar a su casa para hablar con él.

Qué distinta sensación al resto de las veces que entré allí. Ni siquiera la venía tan bonita, porque cualquier rincón al que mirara me parecía infinitamente triste.

—Mi niña, tenemos que encontrar una solución—me dijo tal cual nos sentamos cogiéndome la mano y yo la retiré volando.

Probablemente me estaba poniendo una coraza, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Necesitaba sacar fuerzas de flaqueza.

—Raúl, tú no lo entiendes, pero Cris es todo para mí. No sabes lo que es tener una hermana que crece a la par que tú, física e intelectualmente, que vivís la infancia juntas y luego la adolescencia... hasta hacerse una hermosa mujer. Y luego, un buen día, la vida te da un hachazo y se lleva su cordura; el cuerpo es el mismo, pero ya no tienes delante a aquella mujer. Ahora se trata de una niña y, como tal, a veces es muy caprichosa.

—Eso puedo entenderlo, amor, pero tiene que haber una solución para lo nuestro...

—No la hay, Raúl, no la hay. Ella se ha encaprichado contigo, y no te voy a decir que no se le pase ese capricho, se le pasará, pero a base de no verte y de olvidarte. Si te sigue viendo conmigo eso no va a ocurrir y lo peor no es eso, lo peor es que su odio hacia mí crecerá y llegará un momento en que ya no me vea como su hermana. Piensa una cosa, el cuidado de Cris va a terminar recayendo en mí, algún día mis padres no estarán y yo necesito tener una relación sólida con ella para que pueda continuar teniendo una vida feliz cuando ese momento llegue.

—Estoy de acuerdo, Vero, pero yo estoy dispuesto a hacer lo que haga falta. Como si durante años

debemos llevar nuestra relación en secreto. Yo no aparecería por casa de tus padres, pasearíamos por otros pueblos, me esfumaría los días que ella quisiera estar contigo, lo que sea.

—Es el ofrecimiento más generoso que me han hecho en la vida, pero no funcionaría. Tarde o temprano ella terminaría sabiéndolo y se sentiría doblemente traicionada, y eso ya sería el acabose. Ni me lo perdonaría ella ni me lo perdonaría yo.

—Entonces, ¿no tengo ninguna posibilidad? ¿Me estás diciendo en serio que hasta aquí hemos llegado?

—Sí, te lo estoy diciendo pero que muy en serio, así que debo pedirte por favor que hagas como si yo no existiera.

—¿Cómo? Eso es demasiado, no pretenderás que actúe como si fueras transparente.

—No tanto, pero poco más. A partir de ahora solo somos vecinos, es lo único que puedo ofrecerte, no voy a mentirte ni a crearte falsas expectativas.

Ví el dolor en su cara, pero lo que no podía sospechar es que a mí pronunciar aquellas palabras me estaba costando más que a él escucharlas.

Salí de allí al galope y me metí el resto de la tarde en la cama.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó Julio, quien me trajo un vaso de leche templada para reconfortarme.

—Buscar trabajo cagando leches y no mirar atrás o estoy perdida.

—Estamos apañados también con el trabajo de las narices, pero te digo una cosa, tú y yo vamos

un día a tener un negocio a lo grande, todo llegará, hasta el nombre tengo pensado; se llamará “Kaoba”.

—Es un nombre precioso, como tú. Di que sí, soñar es gratis.

—No es un sueño, ya verás, lo haremos realidad.

Yo no creía demasiado en ese momento en la posibilidad de hacer realidad ningún sueño, pero, si él lo decía, lo mismo tenía una pizca de razón.

Lloré a mares aquella tarde cuando me dejó a solas con mis pensamientos. Para colmo, me flagelé viendo fotos de Cris y más de todos los tiempos. Solo deseaba que todo volviera a la normalidad.

De no haber sido porque quería congraciarme con ella y porque no podía dejar a mis padres solos con su cuidado, hubiera huido a cualquier otro lugar en el que empezar de cero. Pero no, yo estaba condenada a seguir allí. No sabía qué pecado habría cometido (o sí), pero mi condena era permanecer en la misma planta del hombre al que amaba y ni siquiera poder hablar con él.

Sí, lo tenía claro desde esa tarde; lo amaba. Me lo dijo mi corazón cuando entré en su casa. Y sus ojos me decían que a él le pasaba lo mismo. Iba a ser una carga muy pesada y yo tenía que preparar mis hombros, claro que no sabía si estaba preparada para ello.

Lo estuviera o no, no me quedaba más remedio que afrontarla. Y que Dios repartiera suerte.

Capítulo 18



Dicen que “no hay mal que cien años dure ni cuerpo que lo resista”, pero lo cierto es que yo comencé a dudarlo en esa época.

A partir de aquel día, las cosas no hicieron sino ir de mal en peor. Cris seguía sin querer verme y yo escurría el bulto que daba gloria cada vez que me cruzaba con Raúl, al que huía como si fuera el mismísimo demonio.

Sin embargo, eso no significaba, ni mucho menos, que no lo echara de menos. Cada vez que recordaba cómo había comenzado lo nuestro, con aquella fuerza, sin reservas, sin miedos... mi piel seguía erizándose.

Y ello por no hablar de las noches en las que soñaba con él. Normalmente lo veía en situaciones cotidianas, mimándome, lo mismo que yo a él; también a veces íbamos de viaje, sin destino cierto, solo por el mero disfrute de estar el uno con el otro; y, por último, estaban aquellas otras veces en las que eran sueños húmedos los que me asaltaban en plena noche y me desvelaban durante horas.

En cuanto al terreno laboral, no hace falta decir que las cosas no fueron demasiado fáciles. Un par de semanas después de que todo aquello ocurriera, fui a ver a Rosa, que se estaba convirtiendo en mi paño de lágrimas.

—Como mil currículums debo haber echado y nada, parece que no va a haber suerte. Me veo tocando la puerta de mis padres y con el plan que tengo con Cris eso es gloria bendita en estos momentos—le confesé mientras me tomaba el rico chocolate calentito que me había preparado.

—Pues mira, estoy por proponerte una solución, mi compañera Mariola se va, que ya comienza con la baja maternal, y necesito alguien que la sustituya, ¿te animarías?

—¿A trabajar aquí en la pastelería? Mira que no me veo, pero, al fin y al cabo, lo único que tengo que pensar es que es un sueldo.

—Y ya te advierto que no demasiado grande. Eso sí, cubrirías gastos hasta que tuvieras algo mejor.

—Pues, ¿dónde hay que firmar?

Me incorporé dos días después. Las semanas se me hacían lentas y tediosas, entre un curro que no me llenaba demasiado, una casa (la mía) a la que me daba pereza volver por si me cruzaba con Raúl y otra (la de mis padres) en la que no podía poner un pie a no ser que mi hermana hubiera salido.

Un par de semanas antes de Navidad la casualidad quiso que me la encontrase al salir de la pastelería. Fue verme y salir corriendo, la muy jodida...

—Cris, espera...

—Yo no soy Cris, debes haberte confundido—me contestó muy digna.

—Mira, llevo bombas de chocolate para casa, ¿quieres una? —le ofrecí de entre un paquete que Rosa se había empeñado en que me cogiera, ya que decía que me estaba quedando en los huesos.

—No quiero, no me gustan.

—Pero Cris, si antes eran tus preferidas...

—Y dale con que me llamo Cris, tú debes haberte confundido.

—Eres Cris y eres mi hermana, por mucho que ahora te pese—le recordé mientras miraba con interés lo que ella estaba haciendo.

—No, me llamo Diana y soy detective privado, estoy investigado un caso con mi compañera Wendy. —La sacó del bolso y casi me tiro al suelo de risa porque había intentado arreglarle ella el ojo y se lo había dejado peor.

—Ah... pues la Cris que yo conozco tiene una amiga que se llama Wendy también, lo que pasa es que además tiene una hermana que podría haberle arreglado el ojo mejor a Wendy, pero como no somos ni tú ni yo...

—¿Tú podrías hacerlo? —Se quedó mirando a su muñeca como reconociendo que la había dejado de pena.

—No, yo no, porque como tú no eres Cris, yo tampoco soy tu hermana—argumenté a ver si había algo de suerte.

—Bueno, a lo mejor un poquito sí que soy tu hermana, lo que pasa es que se me ha olvidado.

—Ah, pues a lo mejor... ¿Y qué te parece si vienes con Wendy a mi casa y le arreglamos el ojo mientras nos comemos una de esas bombas?

—No sé, déjame que lo consulte con ella.

No era broma, allí que se pusieron a hablar y ella hacía las dos veces, para mondarse de la risa la

situación. No podía hacerme más gracia, qué arte tenía y hasta parecía dispuesta a ceder.

—Hemos decidido que iremos, pero eso no quiere decir que te haya perdonado, solo que...

—Que me echas un poco de menos, ¿verdad?

—Un poco, pero solo un poco.

—Pues yo a ti un montón y estoy como loca de contenta de que subas conmigo.

Le di la mano y salimos caminando. Cierto que todavía se notaba que estaba recelosa, pero también con muchísimas ganas de que compartiéramos aquel ratito. Por mi parte, ni digamos cómo me sentía de bien. Volver a tener a Cris a mi lado me hacía sentir magia y la posibilidad de recuperar a mi hermana.

Al pasar por delante de la puerta de Raúl, se quedó mirando.

—¿Todavía es...?

—No, no es mi novio ni nada parecido, cariño. Apenas hablamos, a quien quiero tener en mi vida es a ti.

Digamos que su mente era como la de una niña y por eso le dije aquella mentirijilla piadosa. No es que fuera solo ella la persona a la que deseaba recuperar, pero de ningún modo lo hubiera entendido y yo sabía que estaba no entre la espada y la pared, sino en este caso, entre la hermana y la pared, que era lo curioso.

Llegamos y Julio y Fati acogieron con júbilo su visita. Yo no cabía en mí de gozo de tenerla allí de nuevo y hasta brindamos con un chupito; el de Cris de chocolate, que solo le faltaba mezclar

alcohol y medicamentos.

A cierta hora de la tarde vi a Raúl por el patio de luces y no pude sino desviar una mirada que me hacía más daño del que él pudiera imaginar...

Capítulo 19



A dos días de Nochebuena Cris parecía haberme perdonado. Y bendito sea Dios porque, si no lo hubiera hecho, aquellas ni hubieran sido Navidades ni hubieran sido nada.

—Vero, este año también le voy a llevar mi carta a Santa Claus, que se ha puesto en la plaza.

—Es verdad, ya lo he visto, pues yo de ti se la llevaría volando porque ya falta poco.

—¿Me quieres acompañar? —Había venido a almorzar a mi casa y pensaba hacerlo por la tarde.

—Sabes que me encantaría, cariño, pero no puedo... Es que tengo que entrar a trabajar en la pastelería.

—Vale, pues me acompañas otro día a echar la de los Reyes Magos...

—Claro que sí.

Ya llevábamos dos años así. Suerte que en el pueblo todos sabían de su problema y nadie se extrañaba de verla, con su 1,75 de estatura, sentada en la falda de los Reyes Magos.

Abrí la puerta para despedirla y, maldita sea, nos encontramos con Raúl.

—Hola a las dos—nos dijo con una sonrisa cómplice al ver que estábamos bien avenidas.

—Hola Raúl, ya he perdonado a mi hermana, no le diré más robanovios y, a lo mejor, también te perdono a ti también.

—¿No me digas? Pues me darías una alegría inmensa porque yo sentí muchísimo si te hicimos daño, no era nuestra intención.

—Bueno, ahora me voy a echar la carta a Santa Claus, que vosotros charláis mucho y no vaya a ser que me lo pierda...

—Una pregunta, Cris, ¿me dejarías que fuera contigo?

Le hice un gesto de negación, porque aquello no me pareció nada prudente. Ahora que se le iba olvidando el tema solo faltaba que le volviera a dar por él...

—Será mejor que vaya sola, no te preocupes por ella—repuse.

—¡Eh! Eso tendré que decidirlo yo, ¿no te parece? Bueno, lo decidiremos entre Wendy y yo, mejor dicho.

Sacó a su muñeca del bolso, a la que yo le había enmendado ya el ojo, y comenzaron de nuevo a parlamentar.

Yo no sabía a qué estaba jugando Raúl, pero no estaba demasiado de acuerdo con aquello.

—Vale, Wendy dice que puedes venir, pero solo si nos invitas después a un chocolate con churros.

—Pero Cris, no tengas morro. —Negué con la cabeza porque no había visto una cara más dura en el mundo...

—No tengo morro, lo que tengo es hambre—se quejó.

Mi hermana era una lima sorda y yo no podía entender como tenía ese tipo de infarto, porque se metía entre pecho y espalda unas cantidades de comida que válgame, Dios... Sin embargo, la puñetera estaba como un espadachín, probablemente porque sus nervios provocaban que luego lo quemara todo.

Salió de allí con Raúl, aunque ya parecía estar más conforme con la situación y no le dio ni la mano ni nada.

—Cris, no seas trasto y pórtate bien, que no me entere yo de que lías una de las tuyas por ahí.

—¿Cuándo he liado yo nada, Vero?

Qué va, ella nunca, cuando había que temerle más que a un toro de Miura.

Salían a la calle cuando vi que Tere, su excuñada, llegaba. No pude evitar que me recorriera el cuerpo al completo un escalofrío porque no lo hizo sola, sino en compañía de otra chica muy atractiva que lo saludó con mucha familiaridad.

No podía ser otra porque allí apenas conocía a nadie. La chica en cuestión sería Ángela, la hermana de Tere, ¿o no?

Observé la escena desde la ventana y con pena concluí que sí, porque ambos echaron a andar, ¡del brazo!

Toma ya... cómo me dolió. Si hasta juraría que tenía bastante parecido con Tere, no había ningún género de duda; era ella.

Normal que en los últimos días Raúl pareciera esquivarme; la vida se iba abriendo camino para ambos y él, por alguna extraña razón, debía haber apostado por el pasado.

Lo que eran las cosas, mi hermana casi enloquece cuando nos vio juntos y allá que iba ahora para la calle con su chica y su cuñada. ¿Por qué la habría perdonado Raúl? Me miré al espejo y lo que vi reflejado en él solo podía llamarse de una manera; eran celos y de muerte.

La tal Ángela me pareció muy atractiva y yo, aunque no lo era menos, me encontraba muy demacrada en aquellos días. Sí, era innegable que no tenía ganas de arreglarme, ni de ponerme las mechas en el pelo, ni de comer, ni casi, de vivir.

Llegué a la pastelería arrastrando mi cuerpo y le conté a Rosa.

—Un bombón así no podía estar demasiado tiempo solo, te lo advertí, Vero.

—¿Y qué querías que hiciera? Joder, es que no sabes con la ilusión que se miraban y cómo la ha cogido del brazo. Hacía mucho tiempo que no lo veía así, estaba feliz.

—Pues ya solo te queda una; si de verdad lo quieres, tienes que alegrarte de su felicidad y dejar el mundo correr. No puedes estar como el perro del hortelano, que ya sabes que ni come ni deja comer.

En eso tenía razón mi amiga y yo no podía ser tan egoísta. Además, le había escuchado decir a Julio que Raúl le contó que tenía guardia el día de Navidad, por lo que no podría ir a su pueblo.

Si se había arreglado con ella, lógico era que Ángela hubiera venido a pasar las fiestas con él. Y más ahora, que debía tener la mosca detrás de la oreja después de saber que él había visitado a su

familia con otra.

Para eso había quedado yo, para ser la “otra”. Volví a ahogar mis penas en unos de esos deliciosos chocolates que preparaba Rosa. Pero no, no iba a ponerme como un tonel, pues lo mal que lo estaba pasando hacía que yo estuviera como otro espadachín, para hacer juego con mi hermana supongo que sería.

Capítulo 20



El día de Nochebuena trabajé a destajo hasta media tarde.

—Rosita, menos mal que la de mis padres es una fiesta familiar, porque anda que estoy como para hartarme de bailar, tengo los pies como botas—le dije mientras le di un beso y me despedí de ella, deseándole la mejor de las noches.

—Harta de vino es como tienes que estar esta noche, o de anís, o de chupitos o de lo que te venga en gana, que tienes mucho que celebrar—me animó ella.

Bueno, eso de “mucho” sería harto discutible. Desde que vi a Raúl con su ex no me podía quitar la cuestión de la cabeza. Estaba un poco obsesionada con ello y eso que sabía que lo nuestro era imposible, por lo que resultaba absurdo que siguiera pensándolo.

Reconozco que había interrogado a mi hermana sobre el nombre de la chica, pero no obtuve resultados.

—No sé, era muy simpática, como la otra, pero no me acuerdo del nombre de ninguna de las dos, yo iba hablando con Wendy.

Así era ella, ¡menos mal que me dijo que era detective privado!

Llegué a casa y estiré un poco las piernas antes de arreglarme para ir a la de mis papis. Por el

patio de luces vi que la de Raúl estaba iluminada y se me cayó el techo encima cuando pensé que él estuviera allí con su novia, poniendo la mesa y con los regalos debajo del árbol.

Me metí en la ducha y debí estar una media hora con el agua calentita corriendo por mi cabeza.

—¡Que nos vas a dejar sin agua caliente! —se quejaron los dos petardos de mis compis, que me habían recibido con un chupito y a golpe de pandereta cuando llegué del trabajo.

Salí del cuarto de baño y procuré ponerme mona porque la ocasión lo requería. Bastante mal lo había pasado mi familia en los últimos años como para que ahora les calentara yo el coco con mis males de amores.

Cris me abrió la puerta igual que lo hicieron los otros dos, pandereta en mano y cantando villancicos.

Vi que la mesa estaba puesta para cuatro y ya sabía yo quién era el cuarto invitado.

—¿Ese cubierto es para...?

—Para Wendy, claro, que está muy contenta porque ya tiene los ojos bien—me comentó ella.

Como un día se perdiera Wendy no sabía yo lo que íbamos a hacer. Mi hermana tenía muñecas para dar y regalar, como la que le compró Raúl, pero a Wendy no la dejaba ni a sol ni a sombra.

A la hora de cenar nos sentaríamos los “cuatro” en la mesa. Aunque mi cuerpo estaba allí, mi alma no. Esa estaba en casa de Raúl, mirando por la mirilla lo que dentro se estaba cocinando.

Mi madre ultimaba los preparativos cuando...

—Papá, ¿qué significa esto?

Mi padre acababa de abrir el portón de entrada y dejado entrar a Raúl.

—Este es el cuarto invitado, no es Wendy—me informó Cris con voz cantarina.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Es que eres muy torpe y te lo tengo que explicar todo—reiteró ella y yo no podía estar más extrañada.

—Mira, el otro día, cuando fui a echar la carta a Santa Claus, Raúl me dijo que él también le iba a escribir una. Me contó que le quería pedir que volvieras a ser su novia, si a mí no me importaba.

—Pero espera, espera, ¿y tú qué le dijiste?

—Que no me importa, Vero, porque me he enterado de que tiene treinta y cinco años y me parece que es muy viejo para mí, que soy una niña a su lado y más con la cabeza como la tengo—me soltó y me quedé en shock.

Primera noticia que yo tenía de que a ella no le gustaran un poco mayores y lo de cómo tenía la cabeza, eso era ya el despiporre puesto en su boca.

—¿Me lo dices en serio?

—Claro y, además, también es por otra cosita; me gusta el cura nuevo.

—¿El cura nuevo?? —Ahí ya sí que me entraron los siete males porque mi hermana iba de una en

otra.

El cura nuevo, como ella lo llamaba, era un muchacho de color que había llegado a nuestra parroquia y que debía tener poca más edad que ella. Si no fuera por el “pequeño” hándicap de que llevaba sotana y de que mi hermana no estaba preparada ni en broma para una relación, todo perfecto.

—Sí, sí, el cura nuevo, ¿qué pasa?

—Nada, nada, yo no digo nada, que en boca cerrada no entran moscas.

Me acerqué a Raúl sin poder dar crédito todavía a lo que allí estaba sucediendo.

—¿Y tú? ¿No estabas en tu casa con tu novia? Mira que yo no quiero líos, a ver si te vas a querer montar un harén ahora a mi costa.

—¿Con tu novia? —le preguntó mi padre quien, si se había quedado perplejo con la confesión de mi hermana, no digamos ya con mi pregunta.

—¿Qué novia, Vero? Te doy mi palabra de que yo solo estoy por tus huesos.

—Espera, espera, yo te vi salir la otra tarde con Tere y con ella... si se parecían una barbaridad, no me vayas a decir que no, ¿eh?

—Ay, Dios... ¿Pensabas que era Ángela? Yo con ella no he vuelto a cruzar palabra. Esa chica es Maite, una prima de ellas a la que conozco también de toda la vida. Vino a ver a Tere y ella me dio la sorpresa de traerla para que pasáramos unas horas juntos.

—¿Sí? Es que te vi cogerla del brazo y yo pensé...

—Fue un gesto de cariño, hacía mucho que no la veía y me entusiasmó su visita, sobre todo porque no podía estar más triste después de haberte perdido; pero yo no he tenido nada en mi vida con Maite ni lo tendré. Yo no quiero tener nada con nadie que no sea contigo, ¿lo entiendes?

—Más te vale, más te vale—le contesté con lágrimas emocionadas en los ojos.

—Y yo no quiero tener nada que no sea con mi cura—sentenció mi hermana y ya sí que tuvimos que desternillarnos.

Capítulo 21



Fueron las Navidades más especiales de mi vida. La cena de Nochebuena no pudo ser más entrañable. Mientras miraba a un lado y otro de la mesa, concluí que en ese instante sí que lo tenía todo.

Cris no paraba de hablar como un loro del cura nuevo y del plan que había trazado con Wendy para seducirlo y los demás poníamos los ojos en blanco.

—Una cosa os digo, eso sí, que si he permitido que estéis juntos es porque quiero un sobrino con el que jugar o un puñado de ellos—nos advirtió en un momento dado durante la cena.

—Pero, hija, no seas descarada, ¿qué va a pensar este muchacho de nosotros? —Mi madre la reprendió.

—¿Yo? Absolutamente nada, María, yo diré a todo que sí y, si algo se pone feo, me haré el muerto y punto—le contestó mi chico haciendo un gesto que provocó nuestra risa.

Curado de espantos, así teníamos ya a un Raúl que no podía mostrarse más contento. Concluida la cena y las copichuelas posteriores, los dos nos fuimos a seguir celebrándolo en su casa, haciendo eso que tanto nos gustaba; estar juntos.

Fue un reencuentro de lo más especial en el que nuestras pieles clamaban por volver a sentirse... Un reencuentro que yo había deseado más que ninguna otra cosa en el mundo.

El día de Navidad, que efectivamente tuvo guardia, lo volví a pasar con mi familia, a la espera de que llegara por la noche y, ya en nuestra casa, cenar juntos y en la intimidad como ambos deseábamos.

A la hora del brindis, Raúl me sorprendió con una propuesta que me dejó patidifusa.

—Vero, ¿te acuerdas de lo de la herencia que fui a firmar al pueblo?

—Sí, no me digas que era una de esas millonarias y que nos podemos jubilar ya para irnos al Caribe—le pregunté en broma.

—No, jubilarnos, no, qué más quisiera... Pero he pensado que quiero que ese dinero te sirva para montar ese negocio que tanta ilusión te hace, con Julio como socio.

—No, no, espera, ese dinero es tuyo y seguro que tienes un montón de cosas mejores en las que emplearlo. —Me quedé tan ojiplática como agradecida me sentí, pero no me parecía justo.

—No, no creas que tengo un montón de cosas en las que emplearlo...

—Mismamente podrías dar una entrada para comprar esta casa, para que fuera tuya.

—Y eso quizás lo haga, con algún piquito que me quede, pero el grueso del dinero quiero destinarlo a eso, y tú no me conoces, pero yo me pongo pico pala hasta lograr todo lo que deseo.

—De eso tengo ya una ligera idea, sí...

—En serio, me harías tremendamente feliz si lo aceptaras. Yo no quiero que sigas en la pastelería, ese trabajo no te motiva. Pero tampoco va a ser una solución que encuentres trabajo de lo tuyo en

cualquier otro gabinete en el que te exploten. Sé que nadie como tú para darle un buen uso a ese dinero, ¿qué me contestas?

Sin duda, acababa de ponerme en bandeja de plata la oportunidad de prosperar en la vida y yo me sentía de lo más halagada, pero me costaba pensar en hacerlo.

—No sé qué decirte, amor mío...

—Repítelo, anda.

—Que no sé qué decirte.

—Eso no, lo otro, lo del “amor mío...”

Embelesados, nos besamos. No le di una respuesta en ese momento porque estaba demasiado confundida para hacerlo, pero al día siguiente nos reunimos con Julio...

—Raúl, que es día 26 y o 28, ¿eso no será una inocentada?

—Nada de eso, es lo que es; una propuesta, Julio. Sé que juntos formaréis un equipo cojonudo.

—¿Y esta niña qué te dice?

—Esta niña es un poco reacia a todo lo que signifique ayuda, pero estoy segurísimo de que tú la vas a convencer.

—Déjame que traiga el palo de la escoba y ya verás lo rapidito que lo hago.

El entusiasmo de Julio terminó de darme el empujoncito que me faltaba. Eso y su promesa de que poco a poco le devolveríamos a Raúl hasta el último céntimo de lo que nos prestara.

El resto de las Navidades las dedicamos a buscar un local y, para el día de Reyes, ya lo teníamos.

Ese día no pudo ser más especial tampoco. Por la mañana llegamos a casa de mis padres con un cargamento de regalos, la mayoría de ellos para Cris. Unos días después iríamos al pueblo para ver a los familiares de Raúl, pero los distintos compromisos que teníamos hicieron que esas fechas las pasáramos con los míos.

—¡Madre mía! Si me han traído todo lo que pedí y algunas cosas más—decía Cris mientras miraba cómo Sus Majestades se habían tomado la copita acompañada con polvorones que les habíamos dejado la noche anterior.

—Claro que sí, cariño, porque te has portado muy bien—le contesté pensando que ese “muy bien” habría que entrecomillarlo porque no podía haber sido más trasto aquel año.

—¿Y mi sobrino? ¿Para cuándo lo vais a encargar? También lo he pedido.

—Cris, por Dios, que nosotros estamos empezando y ahora nos toca vivir nuestra luna de miel, eso ya llegará.

—Ah, no sé, es que como no entiendo mucho de eso... mi cura no me explica ninguna de esas cosas.

—Solo faltaba, solo faltaba—resoplé.

—Es que no veáis lo beata que se ha vuelto desde que ha puesto los ojos en ese muchacho—nos contó mi madre.

—Claro, por eso la otra noche estuve en la misa del gallo, *kikiriki* —comenzó a decir y se levantó, aunque más que el gallo, en su línea, hizo el ganso.

Así era mi Cris y así había que quererla, una gansota que no paraba de meternos en líos, pero a la que adorábamos. Los Reyes Magos nos habían traído lo que más queríamos; paz y amor para todos.

Epílogo



3 años después...

—Cris, tranquilita, por Dios, que me tienes atacadita de los nervios...

No sabía si tenía una o dos hermanas, vaya dama de honor que me había buscado...

Julio me peinaba con las manos temblorosas.

—Y tú, chiquillo, ten cuidado, que me vas a meter una horquilla en el cerebro con tanto temblor, ¿qué te pasa?

—¿Qué me va a pasar? Que estoy emocionadito perdido por tu boda...

—Ya lo sé, cariño, yo también te quiero. —Miré a nuestro alrededor y comprobé que “Kaoba” era el mejor lugar del mundo para que me hiciera el peinado de novia.

No es porque fuera nuestro, pero el local nos había quedado de dulce y el negocio iba sobre ruedas.

Raúl solía bromear con que no quería que le devolviéramos nada, sino que lo hiciéramos socio capitalista porque, según él, terminaríamos abriendo franquicias por toda España y haciéndonos

ricos. Obvio que no, pero no nos podíamos quejar para nada. Y si mi chico decía eso era porque nos miraba con muy buenos ojos.

—Y yo te quiero también socia, pero no es solo por eso, que uno también tiene sus miras. Svens me dijo que nos casaríamos cuando lo hicierais vosotros, así que tengo este dedito preparado para recibir el anillo.

—Pues prepara también una tila o va a ser más difícil que ensartar un hilo en una aguja—le recomendó Cris...

—Mira quién fue a hablar, si parece que te han dado calambre de lo que te mueves hoy, niña, que no veas si me ha costado peinarte.

—Eso es porque no me cogió Fati una cola de caballo, que ella no es peluquera, pero me peina mejor que tú, chincha. —Le sacó la lengua, eran como dos cómicos juntos.

—¿Te vienes a jugar, Cris? —le preguntó Alberto, que llegó a la puerta con Aurora, a la que también iba a peinar Julio, así como a su hermana Matilde y a su madre. También la mía y Fati estaban esperando su turno, así que faena no le faltaba.

—¿De verdad te vas a casar, Julio? Anda mi madre—le dijo Fati, echándose la mano a la frente.

—Pues claro que me voy a casar, yo no voy a tener un novio de esos para siempre y un marido para nunca como tú—le contestó él.

—Y dale, cómo no ibas a criticar a mi Klaus, ¿cuándo te vas a enterar de que nosotros estamos estupendamente?

Parecía haber verdad en sus palabras porque desde que habían vuelto, las mismas Navidades que yo lo hice con Julio, mi amiga y él parecían estar mejor que bien.

—Eso es porque te gustan los sosos, andando yo iba a estar...

—¿Te quieres callar ya?

—¿Qué pasa aquí? —les preguntó Rosa que acababa de llegar a la puerta con una bandeja de tortitas de Navidad y una botella de anís.

Sí, nos casamos en Navidad para festejar el aniversario de lo nuestro y, por suerte, no fue una de esas blancas, sino que el día estaba radiante. Allí, lo único blanco que iba a haber era mi vestido de novia, que me esperaba en casa de mis padres, desde donde saldría vestida para disfrutar del día más importante de mi vida.

Cuando, un par de horas después, vi lo guapísimo que estaba Raúl del brazo de Almudena, su madre, se me pasó el mareillo provocado por los tres lingotazos de anís que terminé por pimplarme en la pelu con los míos...

—No he visto un novio más guapo en la vida, ¿eres de verdad o...?

—¿Y me lo dices tú? El corazón se me va a salir por la boca, ¿tú te has visto?

—¿Y a mí? ¿Tú me has visto a mí? —le preguntó Cris al cura de sus amores, que todavía no se le había ido de la cabeza, para que le dijera algo bonito.

—Estás muy guapa, Cris—le contestó él, que ya sabía de qué iba la cosa y antes de que le diera un telele de los suyos y la tuviéramos.

La cara de mi hermana durante toda la ceremonia no tuvo desperdicio y, cuando llegó la hora de darnos el “sí, quiero”, fue ella la que lo contestó en lugar de hacerlo yo.

Atónito, el cura quiso deshacer el entuerto.

—Un momento, es tu hermana la que tiene que darle el “sí, quiero” a Raúl o la ceremonia no tendrá validez.

—No, si yo no se lo quiero dar a Raúl, te lo quiero dar a ti, que sí que quiero, hombre, apúntalo por ahí.

La iglesia entera se desternilló y fue Alberto quien le indicó con los deditos que debía callarse, aunque bien sabíamos todos que ella no lo haría ni debajo del agua.

Bajo una lluvia de pétalos, mi ya marido y yo, pisamos la calle y comenzamos a recibir las felicitaciones de todos los nuestros.

—Nadie dijo que fuera fácil, pero lo conseguimos—le comenté al oído mientras miraba a Cris, que no podía parecer más feliz.

—A la luna hubiera ido con tal de lograr estar contigo, mi amor—me contestó él mirando también a Cris y riéndose.

—A la luna sin billete de vuelta casi nos manda la jodida, pero no puede ser más buena...

—Sí, pero ahora ya sabes la que nos va a dar con lo del sobri, ya no tenemos excusa.

—¿No? —Le puse ojitos de enamorada pensando que con él no había nada en el mundo que no quisiera yo experimentar.

—No, preciosa. Y ojalá que tengamos primero una niña con esos ojitos bonitos que tienes, te

adoro, ¿sabes?

Sí que lo sabía y aquel colorido manto de pétalos, que ya teníamos bajo los pies, era una especie de alfombra roja por la que desfilamos como comienzo de nuestra vida en común... Una vida que se me antojaba de lo más feliz y en la que no nos iba a faltar distracción, pues con Cris la teníamos asegurada.